


Sebastián E. Luna



Francia, año 1841.

El Doctor Fablet es un reconocido empresario cuya compañía circense triunfa a lo largo y ancho del país. Un inusual golpe de suerte le lleva a hacerse con el contenido de la bodega de un barco.

Asustado entre las pertenencias, hallan lo que en principio identifican como un vulgar mono tamarino, pero, conforme este crece, su domador se topa con una serie de cualidades que no deberían estar presentes en un animal.

En el pequeño mono parecen aunarse antiguas leyendas de África y de lejanas selvas. Mitos ancestrales que contradicen la versión histórica que el hombre le ha dado a la Tierra.

Sebastián E. Luna

# Cien palabras oscuras




Título original: *Cien palabras oscuras*
Sebastián E. Luna, 2019
Diseño de cubierta: Bárbara Molins

-

Revisión: 1.0
23/05/2022

Mi misión es ayudar a comprender cuánto se parecen los chimpancés y muchos otros animales a nosotros, y explicar que tienen sentimientos muy parecidos. Es nuestra responsabilidad cuidarlos y protegerlos. Creo que esto se entiende mejor que hablar en términos de derechos.

**Jane Goodal**

Los hombres de ciencia sospechan algo sobre ese mundo, pero lo ignoran casi todo. Los sabios interpretan los sueños, y los dioses se ríen.

**Howard Phillips Lovecraft**

A Marcos, por conservar un corazón puro en la selva de la existencia.

# Capítulo I

Al principio, como cualquier hombre tocado por el hálito de la tragedia, actué por compasión; movido por la tormentosa empatía que busca redimir en otros los padecimientos que sufrí a lo largo de mis días. Alrededor de mi vida se congregaron todos los pecados capaces de sacudir la integridad de un hombre, además de las faltas que, por una clara exaltación del ego, cometí sin mostrar arrepentimiento. Fallé en el amor, en la amistad, en mi obligación como hijo de una familia sumamente humilde y, durante un recóndito tiempo del que prefiero no hacer mención, fallé en la virtud de mi propia humanidad. Pero no piensen mal acerca de mí, pues hay acciones entre los hombres que conocerán aquí; más negras que el carbón que se extrae de la profundidad de una mina. A lo largo de esta historia comprobarán que existen peores bestias que, en las que en lejanas praderas de África, matan desparramando los intestinos de sus víctimas. Verán que si alguna vez torné en algo parecido a una de estas alimañas, no tardé en percatarme e intentar desandar lo caminado, y que, al contrario que ellos, los verdaderos monstruos, traté de enmendar en lo que colaboré en su destrucción. Algunos de estos terribles seres visten con trajes tejidos con sedas que provienen de lugares tan lejanos de los que nadie ha escuchado hablar. Y sus mujeres; con camisones tan suaves en la noche, que podrían centrar el pulso del mayor de los ancianos. Por lo que, después de todo lo vivido, después de lo que me hicieron sufrir a mí y a aquella extraordinaria criatura, estoy obligado a no considerarme tan cercano a la maldad que mis congéneres profesaron. Hombres y

mujeres que, aun habiendo tenido al último milagro de este mundo ante sus ojos, prefirieron, como antaño hicieron los romanos con nuestro señor Jesucristo, capturarlo y esclavizarlo para el delirio y goce de un mundo puramente monetario. Yo jamás maltraté a una mujer o llegué a tomarla por la fuerza. Nunca castigué a un animal con mis manos o a puntapiés de mis zapatos, ni le negué el alimento a un perro hambriento a pesar de que raras veces solía quedar algo en el fondo de mi plato.

Obvien esta aclaración si lo desean, pero era necesaria para mí, para poder dar comienzo a esta historia con ligereza de conciencia.

Mis padres regentaban una posada a las afueras de Toulouse, en la que el tránsito de viajeros solo era comparable al paso de numerosas ratas por el hueco de sus muros. La mayor parte de las veces se trataba de vándalos que huían de la justicia del Rey hacia España o Marruecos; que, movidos por el rumor que en tabernas corre entre jarras de cerveza, sabían que en Les Chambres Du Gres las camas eran tan seguras como frías y ruidosas en la noche. Con estas premisas imaginarán que pocas cosas buenas pasaron ante mis ojos durante mi niñez de las que pudiera tomar ejemplo. Crecí viendo cómo hombres sin valor subían a las prostitutas con la cara entera y las devolvían, al calor de la única chimenea del salón, con magulladuras en el rostro que a veces se pisaban unas sobre las otras. No era un prostíbulo, no piensen eso de mis pobres progenitores, solo era un lugar en el que la gente podía ir a hacer cualquier cosa, ya que por hallarse en un paso entre montañas, las leyes llegaban siempre a destiempo. Pero esta historia no trata íntegramente de mí ni de mis penurias, ni de cómo hombres deshonrosos se aprovecharon de la necedad de un hombre enamorado. Aunque todos estos elementos serán conjugados en su momento para que entiendan a la perfección el motivo que me llevó a actuar como lo hice. No quisiera que me tomaran como protagonista por ser el narrador de esta desventura. Pasado ya el tiempo, en una vejez que siento acelerada, reunir mis recuerdos en un compendio de páginas enmarcadas en cuero es toda la emoción que puede soportar mi languideciente cuerpo. El protagonismo se lo cedo a él, a la historia

de un extraño ser que llegó a mis manos y a la singular amistad que se forjó entre ambos.

Me llamo Tristan Gres. No recuerdo el año en el que sucedieron los hechos, pero sí podría decirles que aún no tenía la edad suficiente como para haber dejado de creer en los hombres. Me marché de la posada de mis padres en busca de una oportunidad, motivado por el hambre de experiencias que me transmitieron los libros cuando mi madre al fin pudo enseñarme a leer. Leí acerca de ciudades perdidas en la inmensidad de una nevada cadena montañosa, cuya cima, decían las letras, sobresalía varios kilómetros del planeta. Devoraba historias acerca del viejo continente africano, en cuyas inmensas sabanas se fraguaron las inmutables leyes de la vida. Y sobre las impenetrables selvas de Sudamérica, cuya diversidad biológica e histórica, sencillamente me fascinaba. Me empapé de las crónicas del español Orellana, cuyas descripciones me absorbían hasta el punto de verme escapando del fatal abrazo de las titánicas serpientes de sus páginas. Los libros me llevaron a multitud de mundos junto a la comodidad de unas brasas y una taza de caldo caliente, pero también sembraron en mí una semilla que, día tras día, hizo de menos mi presente y me urgió a partir en búsqueda de un destino exótico. Quise para mí vivir algo totalmente diferente a cuanto había visto o leído, y, en contra de la normalidad con la que transitan la mayoría de las vidas, lo conseguí sin siquiera tener que salir de Francia. Pero, a cambio, tuve que pagar un precio muy alto. Un costo tan grande que me impide dormir por las noches y, durante el día, me cierra el estómago hasta el punto de que ya ni siquiera tolero pequeños sorbos de mi apreciado vino.

¿Se imaginan en qué tipo de vida me enrolé para que mi hambre de aventuras se sintiera satisfecha? Solo ha existido un tipo de negocio capaz de aunar elementos provenientes de cada rincón del planeta; de contar en su muestrario con singularidades ciclópeas, seres fantásticos emergidos de mundos de leyenda, y, otras formas de vida que, si bien desde su nacimiento estuvieron condenadas por su aspecto físico, ello no les impidió desarrollar un alma mejor que la de personas de gran belleza.

Pero todo a su tiempo, mis queridos amigos. Ahora quiero hablarles un poco de él. Quiero que los tormentosos recuerdos que se agitan en mi cabeza cual tempestad se templen al recordar la profundidad que encontraba en sus ojos negros.

¡Ojalá todos ellos se pudran como lo hizo él! Lejos de su casa, su mundo y su familia; lejos de sus creencias y formas de vida. Lejos del amor y de un cuerpo al que abrazar.

¡Malditos! ¡Malditos sean todos los que no ardieron en el fuego! ¡Malditos sean los que no perecieron en el mar!

¡Ops! ¡Dios mío! Disculpen. ¿Se imaginan? Solo soy un viejo desolado que quizá está poniendo demasiado empeño en narrar esta historia. Quizá también haya puesto de más en las particularidades que atribuí a lo que la ciencia obliga a llamar animal. La visión de los que quedamos a orillas de nuestro último barco se vuelve menos incisiva con el tiempo y, llegado el caso, quizá seamos capaces de ver cosas pertenecientes al mundo al que estamos a punto de marchar. Como ese marino que en cubierta, y con la ayuda de su catalejo, es capaz de contemplar la tierra que tocaran sus pies en el mediodía de la siguiente jornada. Pero lo que es seguro a pesar de la confusión que me haya podido causar la vejez, es que lo vivido en tan extraño relato no nace de una imaginación sobrealimentada. Los hechos son reales. Tan reales como que en la noche hay puntos en el planeta en los que no brilla la luna. Tan reales como el sonido de sus tambores; los cuales hoy, muchas décadas después, su frenético ritmo encoge mi corazón hasta el tamaño del de un pobre y desolado roedor. Mi amigo fue real. Mi amor por ella también lo fue.

¡Malditos sean todos! ¡Maldito el que no halle la verdad de la humanidad en mi historia! ¡Maldito el que no crea en mis palabras, pues su terquedad le convertirá en un ente doblemente ciego! Ni siquiera les deseo un infierno a estos seres funestos, pues bien sé que, entre todos, ustedes y yo, llevamos tiempo construyéndolo.

# Capítulo II

La primera vez que lo vi no ocupaba más que el tamaño de una mano abierta. Su cuerpecito era enclenque, raquítico, como si hubiera pasado meses de ayuno en la oscura bodega de un barco. Y puedo asegurar que no andaba desencaminado, ya que tiempo después de que aquella misteriosa criatura me fascinara con su capacidad de entendimiento, inicié una investigación en dependencias portuarias a fin de esclarecer el origen de tan humano animal.

Sí, han leído bien.

Si aquel pequeño primate no hubiese sido precisamente tan pequeño, podría haber llegado a creer que se trataba del cachorro de un nativo amazónico, nacido con algún tipo de malformación que mal cubría su cuerpo de una gruesa capa de vello negro y salpicones grisáceos.

Según los resultados de mi propia indagación, el Valija Negra zarpó de Puerto de Santos, Brasil, un 17 de agosto de 1840 de la era de nuestro señor Jesucristo, con la bodega infestada de cajas, roedores y charcos de agua con salitre. Casi la totalidad del cargamento pertenecía a la empresa circense para la que estuve irremediablemente ligado durante años. Los buenos contactos de nuestro patrón, el doctor Fablet, le hicieron llegar el chivatazo de que los dueños de un floreciente circo, afincado en las inmediaciones de la ciudad de Sao Paulo, fueron asesinados en una riña de matices alcohólicos, a las puertas de una apestosa taberna en la que comerciantes, putas y marineros sin barco, se veían las caras

cada noche. El doctor Fablet compró los enseres antes de que estos salieran a subasta, haciéndose con la totalidad del circo a base de bien comisionar a sus contactos.

Cuando al fin me hice con el documento de a bordo, encontré una vía de explicación que arrojó algo de luz acerca del origen del pequeño ser. En la bodega viajaron dos cajones de generoso tamaño que nunca llegaron a ser reclamados, y cuyo destinatario era un adinerado pariente de nuestra realeza que malgastaba su fortuna en la búsqueda de indicios que probaran la existencia de antiguas leyendas amazónicas tales como la ciudad de El Dorado, el hombre pantera, o de tribus indígenas que aún no hubieran sido contactadas por el humano moderno. El único fin de este señor, no era otro que expoliar hasta el último gramo de oro de la supuesta ciudad, o iniciar una cacería junto a sus amistades que aniquilara a una tribu entera sin que el gobierno tuviera tiempo de formalizar acusaciones de ningún tipo. Por eso no me entristecí al enterarme de que el multimillonario dueño de la carga que no correspondía al doctor Fablet, falleció de un infarto días antes de que el Valija Negra arrojase su ancla en aguas de nuestra patria. Los dos cajones quedaron relegados al fondo de un almacén, a la espera de que un pariente o administrador de su fortuna fuera a reclamarlos.

Confieso que no he vivido mayores nervios, que esa tarde en la que robé un traje de la lavandería del doctor y me presenté en la administración portuaria autoproclamándome heredero directo del propietario de las cajas. Tuve suerte del ánimo lujurioso de esas gentes, que bebidos y tocados por el deseo de desvestir faldas, me despacharon rápido al acudir a una hora cercana al cierre. Ambas cajas levantaban más de un metro cincuenta del suelo, pero sin embargo me parecieron ligeras para el volumen que ocupaban. Movido por una profunda curiosidad, me ayudé de una herramienta metálica para separar la madera que hacía las veces de tapa. Esta operación solo tuve que llevarla a cabo una vez, ya que la otra caja estaba tan perforada de respiraderos, que pude contemplar el interior a través de ellos. En ella abundaba la paja, multitud de cáscaras secas de plátano, y pequeñas bolas oscuras que supuse como

excrementos. Al acercar mi nariz a la pestilencia del interior, descubrí en la parte trasera un agujero del ancho suficiente para que un pequeño animal deambulara con libertad. Horas más tarde, recostado en mi cama junto a una botella de Armagnac de la que bebía cuando me veía en la necesidad de templar mis nervios, revisé los diversos objetos que encontré durante mi incursión y, el contenido de la primera caja dio explicación a la de ambas. En ella hallé un diario y un antiguo fusil cuya culata aún rezumaba el gusto de la pólvora, y en cuyo largo del cañón podían verse multitud de salpicones de sangre seca. Aquello me hizo sudar copiosamente, ya que por nada del mundo quería verme envuelto en refriegas o investigaciones policiales que no me concernieran. Jamás he sido hombre de leer sin permiso los secretos de otro, por lo que si hoy se me puede acusar de haber devorado ese diario, fue por dar una explicación al origen del animal cuya inteligencia me tenía turbado, y por esclarecer los hechos que llevaron a mis manos un fusil ensangrentado.

En su momento tuve el privilegio de poder leer la historia completa, aunque ello me causara trastornos de la digestión y el sueño durante muchos meses. A continuación transcribo algunas de las páginas del Diario del Explorador. Son pocas, ya que casi nada se salvó de las llamas, ni de la laboriosa hormiga que insiste en profundizar sus galerías a través del laberinto de mi memoria.

# Diario del Explorador

## 19 de enero de 1840

Hoy me he adentrado en la inmensidad amazónica. La de verdad. La que aún se halla en las tinieblas de la humanidad. La humedad es tan alta que el único modo de no sudar es mantenerse constantemente mojado. El mapa más completo que he hallado no está exento de miles de kilómetros de zona blanca que, nuestro patrón, nos ha invitado a explorar con palabras de aliento y recompensa. No haré nada fuera de lo pactado en su despacho, por mucho que su ánimo se elevase al hablar de ello tanto como los gruesos pelos que despuntaban desde sus cejas. Confieso que mantengo serias dudas acerca del juicio del hombre para el que trabajo y de su supuesto amor al descubrimiento, al que, bien visto, podría confundirse con diferentes manifestaciones de este enrevesado sentimiento.

¿Acaso no sienten amor por su trabajo los balleneros que con sus arpones y barcos masacran las costas del litoral ártico? ¿Acaso no siente amor por el dinero los que cortan los colmillos de un elefante?

Acostumbrado a tratar con toda clase de hombres de distinto calado, he aprendido a discernir en la mirada el brillo de la curiosidad del de la inteligencia, del bobalicón bondadoso del de la serpenteante maldad. La historia que este hombre cuenta no me convence. Sospecho que hay mucho más en su cabeza que no ha llegado a manifestar en palabras. Pero el pago se ha realizado íntegramente por adelantado, amén de que ha renovado mi

colección de utensilios de exploración y armas de defensa.

Es la primera vez que me adentro en esta jungla. Al principio no creí que pudiera ser más endiablada que los densos bosques tropicales del Congo, pero cuan equivocado estaba. Aquí vive un tipo de serpiente para la que no existe parangón en otra región del planeta. Es un animal mortífero, con una musculatura capaz de rivalizar con la de un joven elefante. Sospecho que su mordedura no es venenosa… ¿Cómo iba a necesitar de ello semejante bestia?

En la documentación que tomé para empaparme de los detalles de esta selva, ya se mencionaba su existencia. Pero siempre tuve la impresión de que se hablaba de la serpiente como de algo recóndito y esquivo. Casi tomando el cariz de una leyenda local de la que hablan los pobres y desdichados indígenas. Sin embargo, la anaconda es más común de lo que a cualquiera de nosotros nos gustaría. Esta misma mañana, tras dejar la embarcación en la que viajamos durante días río arriba, cometí un terrible error al no revisar el perímetro de la orilla antes de permitir que el grueso de la expedición abandonase la seguridad de la cubierta del barco. Todos ellos son hombres valerosos, diestros en el uso de armas y poco dados a la distracción. Sin embargo, uno de ellos, con el cual es la primera vez que trabajo, trajo consigo un perro. Un cánido fornido de color blanco cuyo morro se elonga hacia el exterior como el hocico de un tiburón. El animal, bravo por naturaleza, se encargó durante el viaje de que las ratas no devorasen nuestros enseres y alimentos. Tarea para la que yo siempre preferí designar a un joven muchacho. Podría haber sido ese chiquillo el que ahora estuviera en el interior del estómago de la anaconda y no ese estúpido perro que no se sirvió de su olfato. Su dueño ha llorado durante todo el día y, tras una larga conversación en la que ambos pusimos en común nuestras razones, accedí a ayudarlo a recuperar el cadáver del animal. No nos costó encontrarlo. La anaconda estaba hecha un nudo sobre sí misma, en cuyo lateral, sobresalía un vistoso bulto digeriéndose con lentitud en su estómago. La hemos cortado la cabeza y empezado a desollar cuando su cuerpo todavía se retorcía en espasmos *post mórtem*. La piel de ese primer animal la reservo para

mí. Es tan grande que podría hacerme pares de botas para el resto de mis inviernos. Ya habrá tiempo de buscar otros trofeos para ese viejo loco que me contrató.

## 24 de enero de 1840

No para de llover.

Desde que pusimos un pie en este suelo no hemos vuelto a divisar un cielo en el que los gruesos cúmulos de nubes no sean los protagonistas de nuestros días. Essien ha vuelto a manosear una y otra vez el amuleto que pende de su cuello. Hacía años que no lo hacía y eso no me gusta. No dispongo de motivos consolidados para ello, pero es tanto lo que hemos convivido, que quizá yo también me haya vuelto supersticioso. El objeto está formado por una piel de camello sumamente desgastada, en cuyo interior hay un hueso del que lo único que sé, es que no pertenece a ese tipo de animal. Pues cuando lo encontré ya sabía que, transcurrido el tiempo, el esqueleto de estos animales amarillea adquiriendo tonalidades ebúrneas. Una vez intenté sonsacarle información acerca del origen del misterioso colgante, así como de sí mismo, cuando unas fiebres de la jungla lo hicieron delirar durante tres días. De otro modo habría sido imposible plantear el tema ya que, desde que era niño, todo lo relacionado con sus orígenes le alteraba los nervios. Pero ni en esas circunstancias fui capaz de obtener un solo detalle a pesar de que, en su delirio, su mente se trasladó a un pasado tan remoto que ni siquiera yo he llegado a conocer.

La primera vez que lo vi era un muchacho famélico que no debía tener más de seis años. Aunque reconozco que es difícil calcular la edad exacta de estas gentes que han crecido en un entorno tan hostil. Llegó a mí desnutrido, con las rodillas descarnadas tras deambular durante semanas por las peligrosas sabanas arboladas del Kalahari. Su origen sigue siendo un misterio para todos; apareció sin más, en mitad de un lugar en el que no se conocen asentamientos

humanos. Además, en la época en la que le encontré, gran parte de África llevaba años inmersa en un estado de paz que difícilmente alcanzan las numerosas tribus rivales del lugar. Por lo que siempre he descartado la posibilidad de que su familia fuera exterminada y el niño escapara aterrado por el horror con el que se masacran esas gentes.

Horas después de su llegada a nuestro campamento, desvestido y con ese maldito colgante al cuello, apareció de la nada un grupo de leonas que deambularon entre las tiendas con total confianza, valiéndose de la oscuridad de la noche. La mayor parte del personal estaba dormido, salvo yo, que hace años que no consigo conciliar un sueño profundo y tengo un oído que casi nunca respeta el descanso. El grupo era tan numeroso que ni siquiera me atreví a sacar el rifle que guardaba en mi saco de dormir, a fin de que no pudieran detectar un solo movimiento que nos descubriera. La manada, como pude constatar al día siguiente por las numerosas huellas que dejaron, estaba compuesta por más de treinta ejemplares que deambularon libremente durante una eterna hora alrededor de la tienda en la que se recuperaba Essien. Si no hubiera estado cercado decenas de veces por esas bestias del demonio, no estaría tan seguro de que lo que los llevó hasta nosotros, no fue la curiosidad natural de la que suelen hacer gala los leones cuando transitamos por sus tierras. Creo que la manada acompañó a Essien durante cientos kilómetros y se marchó cuando se aseguraron de que el muchacho estaba seguro, pero el chamán en el que se ha convertido el chiquillo jamás reconocerá algo así ante el hombre blanco.

Mientras escribo esto puedo observarle a más de diez metros sobre el suelo. El maldito trepa a los árboles con la agilidad de un mono. Allá arriba permanece callado mientras su mano se aferra al trozo de cuero de piel de camello. Su visión parece querer abarcar un horizonte que no queda al alcance del humano corriente. Cuando baje pienso preguntarle acerca de lo que le está poniendo tan nervioso. No había vuelto a verle así desde que anduvimos un mes perdidos en las insondables selvas de Borneo. Ese maldito negro y su ancestral instinto a veces me dan escalofríos. El resto de los

africanos de momento marchan tranquilos. He de concentrarme en que Essien guarde la calma, si no los otros le seguirán a él, como aquella vez en que… (Aquí el texto se vuelve ilegible).

## 2 de febrero de 1840

La noche trae sonidos. El grito de muchas bestias se une al de un extraño canto. Flota en el aire al igual que el olor de la tierra o el de la corrupción de la carne cuando hallamos un tapir destrozado por las fauces de un jaguar. De momento parece lejano, pero ello no nos debe animar a dejar de ser cautos. He prohibido a los africanos que hablen entre ellos, ya que, en mi experiencia, cualquier cosa que sea susceptible de comentar, irremediablemente, se vuelve un poco más real. En mis notas no consta que existan tribus indígenas cercanas a la posición en la que nos encontramos. Pero la gran Amazonia quizá sea el último reducto de desconocimiento que le queda al hombre moderno. Cualquier cosa puede existir aquí. Cosas tan antiguas y olvidadas como el extraño sendero por el que estamos transitando.

¿Quién se habrá molestado en hacer algo así en mitad de la nada?

Aunque, la verdad, prefiero no conocer esa respuesta ni muchas otras. Nada me habría hecho imaginar que esos pequeños hombrecillos, que en conversación resultan tan poco inteligentes, hubieran desarrollado habilidades complejas como la de hacer música. Anoche, mis africanos, salvo Essien, el cual deambula por la selva ausentándose durante días completos, iniciaron una danza ritual propia en respuesta a los cánticos. En cuanto me despertó el ruido, les puse al orden con el látigo. Muchos de ellos huyeron temerosos entre los árboles y regresaron llorosos a los pocos minutos, pero hubo uno que ni huyó ni dejó de bailar a pesar de que le crucé la espalda al menos cincuenta veces. Es un chiquillo de cráneo tosco que hoy no recuerda nada de lo sucedido. Sus ojos

todavía se tornan blancos como si siguiera preso del frenesí del baile y balbucea en un extraño idioma que ninguno de nosotros conoce. De seguir así supondrá un peligro para la expedición y quizá tenga que plantearme la posibilidad de abandonarlo a su suerte. De momento camina despacio, pero camina. A pesar de que el resto de los africanos han decidido mantener con él una distancia de más de veinte metros, por lo que el chaval avanza solo en la retaguardia sin estar en condiciones de usar un rifle.

Sí. He sido yo el que le ha quitado el arma al creer conveniente que, alguien que de golpe pierde su estado en el presente, ya está algo lejos de cualquier sitio.

Además de este importuno, hoy he estado repasando en profundidad el largo listado de encargos que me confió el patrón de la expedición. En ellos figuran muchos de extraña y controvertida interpretación, pero hay otros que resultan tan claros y concisos como aterradores. Me pide encontrar la ubicación exacta de una vieja ciudad de la cual nadie ha oído hablar y, en el caso de que existieran muchas de las criaturas que en sus notas se especifican, debo capturar a uno de esos… (Texto ilegible).

## 15 de febrero de 1840

Essien está cada vez más nervioso. Jamás, en todos los años que llevamos juntos explorando infiernos verdes, así como altísimas cordilleras rocosas o infinitos parajes helados, he visto el miedo en sus ojos. Sin embargo, aquí parece que esa sensación de angustia le devora hasta el punto de llevarle al límite de la cordura. No lo comprendo. Yo también he escuchado los cánticos nocturnos, así como otros sonidos indefinibles que parecen provenir del propio corazón de la selva. A pesar de ello, no tengo miedo ni mi razón se ve mermada por los mitos ancestrales en los que creen estas gentes. Puede que aquí mi condición de hombre civilizado me esté ayudando a pensar con lógica y a no dejarme llevar por los

numerosos cuchicheos que crecen entre mis hombres como una enfermedad sin diagnosticar. Si se agarrasen al corazón de Jesús en vez de a los ritos de sus falsos dioses, dormirían en paz cada noche. En cuanto a esa especie de hijo adoptivo, ya he perdido toda esperanza. Jamás abrazará la fe cristiana porque sean cuales sean sus creencias, llevan en su sangre demasiado tiempo arraigadas. Lo cual suscita en mí una pregunta:

¿Qué puede haber allá fuera que aterre a un hombre que se define a sí mismo como descendiente de una poderosa estirpe de chamanes?

Dice oír algo entre los árboles: un susurro lejano que se compone de incontables voces, y reconocer parte de los cantos que escuchamos cada noche. Habla de viejas melodías que también flotaban en la nocturnidad de África mucho antes de que yo le encontrara. Cánticos que le susurraba una mujer ciega en su infancia, de la cual solo ha querido desvelar que ya vivía mucho antes de que el hombre blanco pusiera un pie en la sabana. Es la primera vez que entre ambos fluye un atisbo de información de lo que podría haber sido su vida antes de que las leonas me lo trajeran. Aunque haya resultado en una necedad de semejante índole.

A pesar de lo jocoso que podría resultar el dato de acabar en los oídos adecuados, no puedo negar que me siento alegre por Essien. Con el tiempo le he cogido cariño a pesar de que nunca podré considerarlo como a un verdadero hijo, aun habiendo compartido tantos años. Si en Londres se le ocurriera abrir la boca y soltar una tontería de ese tamaño en mi presencia, sería el hazmerreír de mis colegas del club de caza.

## 16 de febrero de 1840

Ahora parece que no haya otra cosa en su mente. Está totalmente obsesionado con el lenguaje en el que se expresan los cánticos. Dice distinguir entre los multitudinarios ecos que nos

llegan cada noche, palabras que le son familiares. Habla del nombre de un dios común a todas las cosas, hombres y animales que, por supuesto, nada tiene que ver con nuestro Dios verdadero. Y de un rito prohibido que antaño se hacía en la sabana, cuando lo hombres no lo eran del todo. No sé qué quiere decir con estas palabras ni qué relación cree ver con lo que aquí está sucediendo. Le he prohibido hablar de ello en mi presencia, ya que nada turba más mi espíritu que la estupidez con la que afronta algo tan mundano como que unos hombres en taparrabos celebren con ahínco la finalización del periodo de lluvias.

A veces odio la superstición de este hombre. Pues he intentado hacerle entender, que dada la gran distancia que cubre ambos continentes, es imposible que ninguno de sus antepasados pudiera cruzar el Atlántico para enseñar a las razas aborígenes de esta selva, lo que en tiempos inmemoriales entonaban en su tierra. Le he explicado que el pueblo africano no disponía de medios para navegar la distancia de un océano entero, pero él dice que existen formas, profundamente antiguas, que pueden hacer al hombre trasladarse de un punto a otro sin siquiera moverse del sitio. Si no le tuviera tanto cariño le habría cortado la lengua para que dejase de soltar blasfemias sobre las que Dios tarde o temprano pondrá su juicio y atención. Espero que al menos lo haga cuando consigamos salir de este descomunal infierno. Hace años que tendría que haberme deshecho de Essien, pero ¿cómo deshacerme de una criatura que cuando consigue centrar su mente resulta de una utilidad indiscutible? Son más las veces que me ha salvado la vida que la única en la que yo se la salvé a él. Además, soy casi un anciano o, al menos, hace demasiado tiempo que me siento como tal. Quizá… cuando el mundo empiece a oscurecerse para mí, su cara sea todo cuanto me acompañe en mis últimos días.

## 18 de febrero de 1840

Siento curiosidad por «El pueblo que no duerme en la noche». Así lo han bautizado los africanos dada la intensidad con la que parecen celebrar sus festivales en cuanto el sol se esconde por debajo del horizonte. Me gustaría conocer la distancia exacta a la que se encuentran. En mis profundas cavilaciones he llegado a la conclusión de que debe tratarse de una tribu nómada sin asentamiento, salvo el que construyen cada noche y desaparece sin dejar rastro al amanecer. No he llegado a pensar esto gratuitamente, sino porque, tras observar durante semanas la dirección de la que proviene el sonido y la intensidad, he llegado a la conclusión de que siempre resultan iguales. Dado nuestro avance diario, ya deberíamos habernos topado con ellos o con rastros de su presencia. Pero no es así. Lo cual solo indica que avanzan a igual velocidad que nosotros, aunque resulte de una coincidencia extraordinaria.

Por su parte Essien sigue empecinado en que creé conocer gran parte del lenguaje con el que expresan sus canciones. Un lenguaje del que el resto de los africanos asegura no entender una sola palabra. Creo que será mejor deshacerme de la idea de que puedo hacerle entrar en razón, y concentrarme en los singulares hechos que están sucediendo a mi alrededor.

## 19 de febrero de 1840

Hoy se cumple un mes de expedición. Nos habremos internado unos 80 kilómetros hacia el corazón de la selva inexplorada. La cuenca del Orinoco resulta ser una pobre zona desértica en comparación con la diversidad que puede encontrarse aquí. Hay especies de ranas y serpientes que no aparecen en ningún libro que haya consultado, así como grandes mamíferos escurridizos de los cuales solo he podido dar cuenta de su existencia por sus innumerables heces. Es imposible avanzar más rápido. Por un lado debemos permanecer alerta ante los inminentes peligros que aguardan más allá del machete con el que nos abrimos paso. Por

otro, el follaje es tan denso que tan pronto cubre el suelo como que nos encierra en campanas verdes por las que no podemos ver el sol. Una vez atascados en este punto, el avance se hace imposible y nos vemos obligados a retroceder y buscar vías alternativas que nos acercan más hacia… aquello que prefiero no mentar. No sé si se debe al tiempo de aislamiento, o si alguno de los hechos que nos han sucedido tienen cabida en la realidad, pero últimamente no hago más que agarrarme a ese mantra de que, algo en lo que no se piensa, resulta menos real.

No hay restos de construcciones ni mucho menos de doradas ciudades palaciegas que debía buscar por mandato del patrón de la expedición. Temo volver con las manos vacías y perder la jugosa inversión que este hombre confió para mí. Si en su momento existió algo de lo que él me envió a encontrar, hoy ha desaparecido por completo. Resulta inútil buscar en un lugar en el que la fuerza de la naturaleza solo es equiparable al poder de un gran incendio descontrolado. Dudo mucho de que en semejante selva pudiese levantarse nada que no fuera devorado en pocos años por la gran Amazonia.

He tenido tiempo para pensar y, tras meditarlo mucho, he decidido dejar constancia del extraño acontecimiento que acaeció entre nosotros. Hace dos días que uno de mis hombres huyó presa de… (Esta entrada se corta aquí).

## 01 de marzo de 1840

No he podido retomar el diario en este tiempo. Los acontecimientos se han precipitado como los torrentes de agua que caen desde todas partes. Desconozco el valor ecológico de esta parte de la selva, pero, sin duda, no creo que existan muchos lugares con semejante diversidad y riqueza.

La noche del 22 de febrero, tras dos días de persecución, encontramos al fin el origen de los misteriosos cánticos. Todo

sucedió demasiado deprisa, pero intentaré retomar el hilo de mis recuerdos a fin de dejar una constancia fidedigna de todo lo acontecido. Mi viejo diario se ha convertido en el último cabo que me mantiene cuerdo. Me he tomado la labor que llevo a cabo en él con la meticulosidad de un periodista, porque mi viejo instinto me dice que quizá, no logre salir de aquí con vida.

Cenábamos un animal parecido al venado que corre por los espesos bosques de nuestra tierra, salvo que este carecía de cornamenta y su morfología era más delgada y pequeña que la de sus parientes europeos. No han de extrañarme estas características, ya que, un animal de mayor envergadura se vería en serias dificultades para desenvolverse con facilidad a través de este laberinto. La fauna de esta parte de la selva ha sufrido una miniaturización considerable para adaptarse a las difíciles condiciones que supone la omnipresente masa vegetal. Aun así, el venado contenía carne suficiente para alimentarnos. Era la primera vez en muchos días que di permiso para encender una hoguera sin reparar en que el fuego delatara nuestra posición. Cenábamos tranquilos, mientras yo comentaba con los africanos lo que llegaba a echar de menos el dibujo gris plomizo de cualquier calle de Inglaterra. El motivo por el que estaba tan animado a hablar con estas gentes que no entendían de lo que hablaba, porque la gran mayoría jamás ha visto una ciudad europea, no era otro que el silencio. Sí. Las noches se volvieron silenciosas tras el último cambio de luna y, movido por la esperanza y la falsa creencia de que el misterio se había esfumado hasta el siguiente ciclo lunar, animé a mis hombres a actuar como si nunca hubiera sucedido nada. De alguna forma todos lo necesitábamos. Llevábamos demasiado tiempo embarcados en una situación de fortísimo estrés y desconocimiento, y la excusa del silencio nos sirvió como podría haber servido cualquier otra cuando solo se busca desconectar de la realidad.

El olor de la carne, el humo, el fuego… los despertó de nuevo. Esa tribu desconocida volvió a entonar los maliciosos cánticos que tanto perturban a Essien, al resto de africanos y, ahora sí, también a mí mismo. Solo que esta vez provenían de un lugar

considerablemente más cercano que la última vez que los escuchamos. Estaban ahí, al alcance de nuestra mano. Animados por el sabor de la carne, recogimos las armas y dimos fuego a unas pocas antorchas a fin de hallar el lugar donde se encontraban. Pronto tuvimos que apagar las llamas debido al peligro que representaban por los numerosos residuos vegetales que hay por todas partes. Anduvimos a ciegas persiguiendo el incesante sonido, hasta que nos perdimos sin ser capaces de retomar el camino de vuelta. A pesar de ello, conseguí mantener el grupo unido…

(Texto ilegible).

Hemos hallado una población de hombres muy pequeños. Apenas levantan más allá de mi cintura y todos ellos, incluso los niños, parecen hombres viejos. He optado por mantener una prudencial distancia hasta que estemos seguros de su número y costumbres. Essien manifiesta que estos nómadas nos percibieron desde que pusimos un pie en la jungla. Reflexionando sobre los hechos, mi corazón se niega a estar seguro de ello a pesar de que mi razón me dicte lo contrario, lo cual me obliga a hacerme una pregunta que no puedo contestar. Si realmente se percataron de nuestra presencia entonces, y nos han esperado hasta que hemos sido capaces de encontrarlos, ¿hacia dónde nos dirigen ahora?

## 03 de marzo de 1840

Otros dos de mis hombres han huido despavoridos al contemplar entre los troncos de los árboles los restos biológicos de un ritual de sacrificio. La pobre criatura ha sido desollada y abierta de las costillas a fin de extraer su corazón. Lo peor de todo es que yo fui testigo del acto. Me ayudé de esa reliquia de catalejo que perteneció a mi abuelo y que me ha ayudado a descubrir siempre

hermosos secretos. Salvo esta vez. Lo que vi a través de su lente es con facilidad lo más horrible que he contemplado nunca. El animal no se inmutó durante la ceremonia hasta que su cuerpo no resistió la pérdida de sangre, como si hubiera sido fuertemente drogado o estuviera allí por el uso de una voluntad férrea y propia. No hace falta ser un erudito para saber que «El pueblo que no duerme en la noche» se rige por unas creencias bestiales que van más allá de los tormentos que pueden aguardar en el infierno. Jamás podré olvidar sus caras; la normalidad que emanaba de sus rostros al comerse a esa pobre bestia aún con vida va a perseguirme hasta el último de mis días.

Essien por su parte va a acabar con el amuleto de tanto manosearlo y yo no sé si seré capaz de dormir durante las siguientes noches. No después de lo que he visto. Ya solo quedamos…

La siguiente parte del texto está carbonizada y solo puedo leer algunas palabras sueltas. Hace demasiados años que leí esta historia y mi mente se niega a recordar con claridad los hechos a fin de mantener en el olvido las pesadillas de las que tanto me costó deshacerme. Transcribo a continuación algunas de las palabras que sobrevivieron al fuego ayudado por una lente de aumento, café y una buena dosis de paciencia. Les ruego que se encomienden a Dios y que no cometan el error de mantenerlas en su memoria.

Horror.
Nauseabundo.
Víscera.
Hoguera.
Sexo.
Monos.
Cientos.
Sangre.
Inquietantes monos.

## 05 de marzo de 1840

Esos diminutos seres nos rodean por todas partes. No parecen interesados en la tribu de indígenas; no así como en nosotros, de los que no se despegan un solo momento. Son muy numerosos y diría que tienen alguna capacidad de entendimiento. Realmente estoy asombrado y asustado al mismo tiempo de expresar una idea así, pero he visto cosas entre ellos… y he calado lo que parece ser una ancestral profundidad en sus miradas.

## 09 de marzo de 1840

No hay duda. Esos seres comprenden tanto o más que los propios indígenas. Incluso diría que aprenden nuestro idioma y lo traducen en una sucesión de desgañitados gritos. No hay jerarquía entre ellos, lo cual va a la contra de todo cuanto he aprendido en mis viajes sobre estas comunidades. A no ser que sirvan a algo que todavía no he visto y no esté preparado para comprender. Aparecieron sin más cuando entramos en una zona acampanada cuyos árboles impedían el paso de la luz. El día se hizo noche en su interior, y los cánticos de la tribu cesaron por primera vez en días. Los monos desgarraron el silencio, gritaron como locos cuando nos vimos rodeados hasta el punto de que varios de mis hombres cayeron al suelo de rodillas intentando taparse los oídos. La congregación de estos seres era tan multitudinaria que se quebraron en dos las ramas de muchos árboles. Jamás he visto un número tan elevado de individuos de una misma especie salvo en algunas clases de hormigas. Por suerte nos dejaron atravesar lo que pienso que es su territorio…

(El siguiente fragmento está carbonizado por las llamas).

Nos ignoran. Una de las mujeres ha pasado hoy a nuestro lado y no ha hecho el menor amago de reparar en nuestra presencia. Ya no cabe duda de que la tribu sabe de nuestra existencia y del tiempo que llevamos estudiándolos. Si no nos han atacado, ni se han interesado en nosotros, es porque estoy seguro de que tienen un propósito. Quizá nos dirigen como pastores a sus ovejas, o como hacen los lobos solitarios con sus presas al empujarlos hacia el grueso de la manada, a la que le será más fácil ejecutar el acto de la caza. He caído en la cuenta de que desde que aparecieron los monos, no se ha realizado ninguna ceremonia adicional, ni las noches han vuelto a ser interrumpidas por aquella letanía de la que he llegado a transcribir todas y cada una de las palabras en mi cuaderno de campo. No. No lo he hecho aquí porque no quiero dejar constancia en mis memorias de algo que, sin entender su significado, no puede contener ningún bien. He contado las palabras de las que se componía el cántico. Han sido tantos los días que he pasado escuchándolas, que no he podido contener la locura que me ha llevado a contabilizarlas. Eran cien exactamente. Cien palabras oscuras que resonarán en mi conciencia hasta que me alcance la eternidad. Y a pesar del horror que ello me supone, casi echo de menos el abrigo de sus voces en la frialdad de estas noches silenciosas, en las que los gritos simiescos estremecen la tranquilidad de la selva.

## 20 de marzo de 1840

Siento la puñalada de miles de ojos observándonos, susurrando en extraños dialectos que nuestra fonética no está preparada para pronunciar. He barajado la posibilidad de retroceder sobre nuestros pasos. Abandonar e intentar escapar de la trampa que entre hombres y primates han preparado para nosotros. Pero solamente el mirar atrás produce una reacción tensa en los monos. Se agitan en los árboles y los hombres toman posiciones. Algo se está gestando entre

la comunidad animal y la de humanos. Algo cuyo entendimiento no alcanzo a discernir y que solo puede ser fruto de una ancestral y maligna simbiosis. Durante mis años de estudiante leí mucho acerca de los primeros tiempos de los hombres en la antigua biblioteca de mi familia. La mayoría de mis lecturas trataban sobre mitos ancestrales que fueron rebotando e impregnándose de un sinfín de culturas, hasta que no fueron más que unas cuantas líneas sobre un papel. Todos se parecían unos a otros, porque la mayoría tenía un origen común. Recuerdo un libro que me impactó más que ningún otro. Era un manuscrito medieval muy mal conservado. Las hojas estaban carcomidas por los insectos y la piel de la encuadernación se deshacía en pequeños fragmentos. Aun así conseguí sacar el libro a hurtadillas de la biblioteca sin que mi padre se diera cuenta. Estoy convencido de que de haber conocido su contenido jamás me habría permitido leerlo. En él se narraba una historia singular de la que no he encontrado parangón a lo largo de mis muchos años como lector. Se hablaba de un origen común a toda forma de vida en la Tierra y de que esta llegó al mismo tiempo que el exilio de los últimos dioses. Recuerdo que, junto a las descripciones, se adjuntaban ilustraciones sobre estos seres abominables; tan grandes como las montañas y tan dormidos como ellas a cientos de kilómetros bajo la corteza terrestre. Recuerdo alguno de estos nombres impronunciables con los que se les nombraba en el manuscrito, que no dejaré reflejados aquí, en la inmensidad de esta selva oscura y olvidada.

## 21 de marzo de 1840

Me encuentro francamente alterado por lo sucedido en el día de hoy. He visto una construcción hecha por la mano del hombre. Un pilar de piedra que ampara el lateral de una antigua calzada. Las losetas del camino están tan desgastadas por el paso de infinitos pies, que no consigo imaginar la época en la que pudo erigirse. Sospecho que frente al gran pilar debió existir otro de similares

características que hoy yace derruido sin que de él haya podido encontrar ningún rastro. Al menos así, en Europa, es como se anunciaba a los viajeros la cercanía de las grandes ciudades. He de confesar que la perspectiva de un vetusto entorno urbano, aunque fuera tan precario, ha colmado mi corazón de esperanza. Pero la visión de lo que he visto en la lejanía del camino, así como los grabados que por todas sus caras luce la columna, han acabado con este sentimiento. El tiempo ha pasado por ellos, si bien he podido distinguir en las ilustraciones detalles inconfundibles similares a los del manuscrito medieval. La persona que escribió ese libro conocía la existencia de esta ciudad. Y, sin embargo, no hay en el mundo académico una sola referencia a los hechos que allí se narraban. ¿Por qué? ¿Por qué tenía mi padre ese libro y qué maligna entidad hizo que lo cogiera cuando yo aún era un chiquillo?

Temo lo que podamos encontrar al final del camino. La selva parece abrirse a medida que seguimos avanzando como para no poner trabas al destino que nos aguarda. La población indígena se retira paulatinamente. A veces ni siquiera nos damos cuenta de que algunos de ellos han dejado de caminar junto a nosotros, hasta que no pasan varias horas. Los monos, sin embargo, ahora son los que nos acompañan de un sitio a otro. Mi corazón me dice que en pocos días daremos con la ciudad y, que lo que hay en ella, lleva eones sin ser visto por el hombre.

## 25 de marzo de 1840

He matado a tantos como he podido. En la huida he perdido de vista a Essien. Lo último que he podido ver de él es que se internaba en una gran construcción que solo puede tratarse de un templo. Después los monos se abalanzaron sobre nosotros y nos hicieron eso tan terrible para lo que me va a faltar tiempo de vida para comprender. No temo por él ya que me consta que ese hombre es muy capaz a la hora de defenderse. Solo ha sido una intuición, quizá

motivada por la violencia con la que se ha sacudido mi corazón, y se han afinado mis sentidos, pero he creído ver que sostenía un bulto contra su pecho a la par que corría por su vida. No sé quién de los dos llegará más lejos, ni si ninguno de ambos conseguirá ver de nuevo la luz de la civilización fuera de este infierno verde. Te deseo lo mejor, amigo. De haberlo sabido, no habría aceptado esta condena a cambio de ningún dinero. Espero que lo que sostienes en tus brazos sea lo que pienso y llegues a entregarlo a la ciencia para que el mundo pueda verlo.

Cae el sol y me he torcido un tobillo. La hinchazón parece no detenerse. Solo me queda una bala que, tras muchas cavilaciones, he decidido no utilizar. Esperaré aquí a que esas cosas bajen de las ramas. De momento observan mi palo de trueno aterrorizados por lo que han visto que puede hacer. Ruego a Dios para que Essien llegue a encontrar el diario y mi fusil. Aunque solo sea un tiro es uno más que suma a su oportunidad. Así mi muerte será un poco menos trágica. Ya no dudo, me es imposible hacerlo, de que el cuerpo de esas pequeñas bestias contiene un alma. Quizá no tan infinita como la del hombre, pero no menos espiritual. Al fin y al cabo, un ser, aunque sea animal, que procesa devoción durante una ceremonia religiosa, tiene que estar motivado por el deseo de participar de la eternidad.

Antes de la purga del fuego, el Diario del Explorador se extendía por una semana más de apuntes. Algunos recuerdos sobre lo que leí en él hoy batallan por abandonar las tinieblas de mi memoria. Pero cada día lucho por contenerlos para que no infecten una vez más la razón que durante tanto tiempo he luchado por sostener. Lo que ha sobrevivido puede parecer confuso, o tener gran multitud de interpretaciones. Pero dados los hechos de todo cuanto ha acontecido, para mí no reviste duda de que explica el origen del misterioso animal que cayó en mi vida.

# Capítulo III

Corría el año 1841. Sé que al principio de estas páginas manifesté que no recordaba la fecha exacta en la que sucedieron los hechos. Pero, si ahora lo sé, se debe a que durante los días que pasé transcribiendo el Diario del Explorador, decidí, tras una vida entera posponiéndolo, recuperar de mi bodega la primera botella de Borgoña que compré cuando obtuve mi primer sueldo.

¿Qué mejor ocasión que ahora que mi mente aún no está del todo perdida y mi vida se acerca irremediablemente a su fin para disfrutar de esta maravilla enológica?

1841… Una excelente cosecha. Por aquel entonces cualquier sucio callejón de Francia apestaba menos a meados que las explanadas en las que el doctor Fablet instalaba la compañía de su circo. El doctor, como buen géminis, regentaba su negocio con maligna picardía. Fue, muy por encima del resto, el hombre más inteligente que he conocido. Nadie sabe el motivo por el que se hacía llamar así mismo doctor, ya que, durante los años de carrera circense que compartimos, no le vi profesar la más mínima devoción hacia la medicina o el conocimiento académico en general. Ni siquiera cuando una de las bestias mordía o pisoteaba a un hombre y la intervención de un médico se hacía de vital importancia. Toda su visión se encaminaba al modo más certero de lucrarse con la gran diversidad de espectáculos, muchos de ellos denigrantes, que ofrecía su circo. Sin embargo, a pesar de su clara predilección hacia el dinero, nadie dudó nunca en considerarlo un doctor mundialmente reconocido.

De cuando en cuando se le podía ver con una impoluta bata blanca, sobre el elegante traje, con la que se internaba en su despacho y salía del mismo transcurridas varias horas con la prenda igual de inmaculada que como cuando había entrado. Más allá de esta singular anécdota, puedo asegurarles que Fablet no era otra cosa que un implacable hombre de negocios al que le gustaba jactarse ante la gente. Había maldad en él, así como un talento innato para la mentira y la manipulación de hombres y animales. Muchos de sus coetáneos con los que compartió profesión, también se caracterizaron por su astucia a la hora de recaudar fondos del público.

No debemos olvidar que un circo es, por encima de todo, un saco roto en el que las monedas se cuelan sin parar por el fondo. Las focas no comen pescado si no es absolutamente fresco. Los chimpancés no ingieren fruta que no esté en un punto muy concreto de maduración. Los felinos comen entre quince y veinte kilos de carne fresca diaria, preferiblemente de ternera, y los elefantes… quizá no prefieran saber el ridículo tiempo en el que estas bestias son capaces de consumir una tonelada completa de alimento. A ello hay que sumar el gran desembolso que, cada pocas representaciones, el empresario ha de hacer para mantener en óptimas condiciones los materiales.

Recuerdo con añoranza los momentos previos a la hora en la que daba comienzo el espectáculo. El nerviosismo entre bastidores y los últimos ajustes a los trajes de soldadesca romana, guerreros espartanos o escribas de época faraónica. La revisión total de los columpios, trapecios y utensilios de seguridad con los que se manejaban los animales. La comprobación de las lámparas de aceite con las que, diariamente, vencíamos las tinieblas del interior de la carpa. El ajuste de la tornillería de los soportes, la limpieza de las sillas de respaldo bermellón, el trenzado de las cuerdas; los músicos comprobando en sordina sus instrumentos, el ir y venir de los payasos, el ilusionista con su enorme caja a cuestas en la que cortaba

en múltiples fragmentos a su ayudante; su ayudante portando una gran colección de cuchillos que minutos después clavaría en una pared de madera silueteando el contorno del ilusionista. La mujer barbuda, una persona dulce que sentía una extraña predilección por afeitarse con mi navaja. El gigante, un hombre tan alto que terminó encorvado de tanto agacharse, perdiendo un metro desde el momento en el que le conocí hasta que me marché del circo. El hombre elefante, la compañía de enanos, el domador de pulgas, el de leones y otros felinos salvajes. El vampiro, un extraño ser llegado de recónditas tierras del este que no se relacionaba con nosotros y que desaparecía durante días si el cocinero preparaba la comida con ajos.

Cada noche, una vez superados estos tensos momentos que solían vivirse con una ignorante alegría, el escenario brillaba en música, luz y color; en aplausos y devoción por un mundo que a casi todos les resultaba desconocido. No me cabe duda de que la ignorancia es lo único que convierte un lugar detestable en otro donde la carcajada y el asombro arrancan los más diversos ruidos entre el público. ¡Ah! ¡Cuántos diversos sonidos de esta índole habrán atravesado mis oídos durante incontables funciones! A veces todavía escucho el griterío en las gradas cuando nuestro presentador, un hombre espigado dueño de un milagro en sus cuerdas vocales, cantaba a viva voz en los momentos previos a uno de los números más peligrosos de ejecutar:

> «¡Directo desde la profundidad de la selva a nuestro circo, ataviado con la piel de la última pantera que ejecutó con sus propias manos, el auténtico Sansón! ¡Señoras y señores! Sansón se quedará en el centro exacto de la pista y nuestro elefante Tao, un paquidermo asiático de varias toneladas, pasará por encima de su cuerpo. Procuren no desmayarse y observen…».

Al menos a la tumba podré llevarme estos recuerdos. Nadie

podrá arrebatarme la increíble devoción que se vislumbraba en las caras de los niños. ¡Y en muchas de las de los padres también! Que, siendo ellos los verdaderos ignorantes de esta historia, los que daban cabida y alimento a los bolsillos del maligno Fablet, permitieron que su ilusión encubriera uno de los ambientes más detestables que he conocido. Pues, una vez echado el telón, se descubría el trago amargo de la vida entre bastidores. Las penurias que esos mismos seres vestidos con la elegancia de sus brillantes trajes, salían a la luz en cuanto se despojaban de ellos. Así, al concluir la función, se descubría la gran depresión que asolaba desde la adolescencia a la mujer barbuda. O los terribles dolores de huesos que padecía nuestro gigante. O el atajo de puteros y borrachos que formaban la compañía de enanos. O el asco terrible que no se podía evitar sentir al ver alimentarse de ratas y gatos al pobre demente que creía ser un vampiro. O las severas heridas que sufrían los trapecistas o el domador, que, si no conseguían superar, eran reemplazados sin miramientos, perdiéndose sus nombres en el olvido en el cortísimo plazo de unas semanas. En su mayoría, los componentes eran seres marginales de la sociedad: borrachos, putas, dementes y otros huérfanos que, una vez maquillados y entrenados, constituían un dantesco espectáculo de payasos.

¡Ah! Malditos… Todo esto me lo llevaré irremediablemente a la tumba también.

# Capítulo IV

Llegué al circo con el ansia de aventuras que me transmitieron los libros. Fablet me acogió como a una más de sus propiedades. Aunque he de manifestar que en los primeros momentos se deshizo ante mí en halagos y sonrisas, en promesas y sueños de esperanza que hablaban sobre el gran devenir que me esperaba en su compañía. En cómo no tardaría en escalar posiciones entre los otros integrantes y ser considerado apto para el puesto de director de la función. Un raro honor para el que todos los novatos, estuviera su talento en consonancia con esta actividad, deseaban para sí, dado que era la posición menos arriesgada durante la función. Pronto descubrí que esa era su forma de actuar ante cualquiera que fuera a formar parte de su espectáculo. Prometía un oro y una gloria que no tardaban en ser sustituidos por mejunjes de color ceniza en un plato y el olor de las inmundicias de los animales en las caravanas en las que pernoctábamos. Para mí fue demasiado tarde, al igual que lo fue para muchos otros que, dada su deformidad o extraño talento, no encontraban otro hueco en la sociedad que el de ser contemplados como parte de una grotesca función. En mi caso la perdición vino de la mano de las grandes deudas que contraje, que, al ser yo joven y verme cada fin de mes con una irrisoria cifra a la que por inexperiencia consideré dinero, me impidieron abandonar el circo bajo amenaza de muerte.

¡Ah! Malditos… La vejez me impide escribir sin dejar marchar sin más estas letras, y, releyéndome tantas veces como lo he hecho, me es imposible no dejar en el texto la verdad más absoluta sobre lo

acontecido. El dinero no habría sido problema para alguien como yo, que, sin miedo a lo que pudiera depararme el mundo, no habría sentido temor en hacer mi maleta y desaparecer en búsqueda de un barco que me llevara a un lugar tan lejano cuyas gentes no supieran lo que es un ciudadano francés. El verdadero motivo fue el que acaba por destruir a cualquier hombre. Sea este o no un forzudo capaz de levantar gruesos troncos de árboles o un despiadado estratega capaz de haber contado con cualquier imprevisto. Si malgasté el grueso de mi vida junto a Fablet, fue por quedarme junto a la única mujer que he amado en este mundo.

Intenté ganarme la vida probando suerte en muchas de las actividades que allí se desarrollaban. Lo intenté con una magia tan nefasta que asfixié por error dos palomas que jamás llegaron a salir del hueco de mi chistera. Probé intentando tragar un sable que me produjo severas heridas en el esófago que me impidieron ingerir alimento durante un plazo cercano a los quince días. Lo intenté de escapista, pero no era hábil con las manos y el herrero tuvo que cortar las cadenas con las que aprisioné mi cuerpo. Lo intenté con los cuchillos, pero tras el primer espectáculo fui el hazmerreír de todos mis compañeros que, una vez vencido el miedo que los llevó a hincarse de rodillas por mi mala puntería, se mofaban de mí en la carpa donde comíamos juntos. Lo intenté, lo intenté y lo intenté mil veces… Y cada nuevo intento sumaba otra cifra a mi cuenta a cargo de los destrozos o pérdidas que había ocasionado. Como imaginarán, no tardé demasiado en verme metido en una espiral de la que la única escapatoria habría sido la huida. Sin embargo, el doctor no se rindió en su empeño de sacarme partido y tuvo para mí una excelente idea.

Recordemos que el circo era un negocio itinerante. El plazo máximo de asentamiento en las ciudades solía rondar, en función de la época del año y de cómo acompañara el tiempo, los treinta o cuarenta días. Era costumbre en los días previos a la función, mientras los mozos saneaban las explanadas en las que nos íbamos a instalar, caldear los bolsillos de la gente realizando un pasacalle por la ciudad. Para este singular espectáculo, se empleaban casi los

mismos medios que para una función normal; sin escatimar en demasía los gastos. El pasacalle cumplía como elemento publicitario y servía para airear los animales que peor se adaptaban a los tiempos de cautiverio. Eran acciones muy controladas en las que debíamos mantenernos en máxima alerta. Solo duré tres meses en este puesto, ya que, llevando las riendas de Colosus por las amplias avenidas de Lyon, provoqué un singular incidente en el que, gracias al cielo, nadie resultó herido.

Colosus era un ejemplar de caballo bretón singularmente grande para su raza. Era de color negro azabache, de patas anchas y poderosas, cuyas crines, siempre bien trenzadas, caían rozando la altura de sus rodillas. En aquel segundo pasacalle que realizaba me sentí con la confianza suficiente como para no andar tan pendiente del animal, estirar la espalda, hinchar el pecho bajo mi disfraz y sonreír de un modo afable al público. Entre el mismo, bajo un agradecido sol de mediodía, encontré una sonrisa dulce en la cara de una joven ataviada con sedas de colores. Los numerosos bucles dorados caían sobre sus hombros con la gracia de un torrente de montaña. Me sentí perdido en cuanto la vi. Enamorado hasta el punto de que me hizo sentir profundamente inseguro. En consecuencia, al pasar junto a ella, temblaba como un animal que va a ser sacrificado y me comporté como si la sinrazón se hubiera apoderado de mi cuerpo. Me detuve junto a ella, sonreí al tiempo que levantaba un par de centímetros el casco de centurión de mi cabeza, y le dejé acariciar las riendas de Colosus. Ella también sonrió. Pero no se crean. Solo me dio tiempo a ver eso. Puede que el sonido de un bombo, o el griterío de los niños, o el estallido de la pólvora… Algo hizo que el animal se desbocase y salió en estampida calle abajo. A su paso derribó a parte de la banda de música y por poco estuvo de contagiar de ese frenesí enloquecido a Tao el elefante. Por suerte, lo que podría haber sido una catástrofe de cara a la muchedumbre, se convirtió en otro episodio más de mofas durante la noche.

En vista de que no desarrollaba ninguna habilidad que se pudiera explotar con público, Fablet me empleó en las labores de

cuidado de los animales de los espectáculos. Tarea para la cual no iba tan desencaminado. El olor a excremento pasó de lo esporádico a lo cotidiano. Mis manos se llenaron de callos por las numerosas veces que debía emplear la pala en recoger las heces de las celdas y mi vida, en general, adquirió un tono más tranquilo que compensó con creces la ansiedad por sentirme útil en un ambiente en el que no destacaba en nada. Este nuevo estilo no llegó a pesarme demasiado. Ya que, salvo pequeños matices, en general la vida del resto de los integrantes del circo resultaba igual de lúgubre y apestosa que la mía.

Entre mis tareas también estaba la de conseguir, de forma rápida y eficiente, cualquier cosa que se echara en falta. Como chico de los recados adquirí una posición privilegiada en lo que se refiere a la entrada y salida de objetos que conformaban la colección de instrumentos que intervenían en las funciones. No se me daban mal las matemáticas gracias a los esfuerzos que durante mi infancia mi madre puso en mi educación. Así pude sacarme un sobresueldo timando a algunos de los pobres necios que vivían junto a mí y que, aquejados de incontables vicios, hallaban en mis servicios la solución a la escasez de suministros a la que Fablet les tenía acostumbrados. Así que cuando partía a la ciudad más cercana para hacerme con toneladas de carne pútrida para los felinos, o bananas para los chimpancés, o tablones de madera con los que efectuar reparaciones, también cargaba con botellas de ron destilado en oscuras y mugrientas bodegas. O kilos de esa sustancia asquerosa a la que por entonces aún no se le llamaba tabaco y que, ya por aquel tiempo, antes de que sufriera el estallido mundial al que se vio abocada, era popular en nuestro pequeño suburbio gracias a los frentes de guerra en los que habían participado muchos de los integrantes del circo.

No recuerdo, y me temo que aquí no hallaré botella alguna de borgoña que me devuelva el modo de saberlo a tiempo, la fecha exacta en la que vi por primera vez al protagonista de esta historia. Pero lo que sí puedo afirmar con seguridad es que cuando Alfie llegó a mí, no era más que una bola de pelo asustada procedente del Nuevo Mundo como polizón entre un cargamento de coloridos

disfraces, pelucas y artículos para malabares.

Su popularidad entre las diferentes mascotas que convivían junto a nosotros creció como la espuma destacándose del resto; no sin buenos motivos para ello. He de confesar que yo, aunque siempre he sido un gran amante del mundo animal en general, en primera instancia sentí una rara desaprobación hacia la criatura, que fui entendiendo conforme adquirí el sosiego que aportan los años. Yo estaba más que acostumbrado a convivir con animales de cuadra, perros y gatos, y algún que otro pájaro singular que solía deambular por el tejado de la posada que regentaban mis padres. Su presencia allí me parecía normal. ¿Dónde mejor que con el hombre iban a estar esos animales que con el paso de los años habían sido tan finamente amaestrados? En el caso de los del circo, en su mayoría bestias salvajes que en cualquier momento podían doblegar su temor y dejarse llevar por la brutalidad de su instinto, no sentía tanta lástima. Un tigre podía morder a su domador y así yo sentirme un poco más en consonancia con la justicia universal. Un elefante podía arrollar a su cuidador, sentarse sobre él y reventarlo, o ensartarle los colmillos por las tripas hasta el esófago y hacerme meditar al menos en la posibilidad de que el mozo de cuadra bien lo mereciera. Sin embargo ese pobre animal, desnutrido, pequeño y desvalido, no tenía la más mínima posibilidad de sobrevivir en aquel ambiente tan lejano de su selva elemental. Por eso al principio hacía como si el mono no existiera; porque era mi forma de negar la atrocidad que quizá, de alguna forma que no llego a comprender, ya vislumbraba para nuestro futuro. Aunque este rechazo no duró demasiado, y diré que se esfumó de un plumazo cuando escuché hablar a mis compañeros con asombro de la fina inteligencia que le era característica. Sus comentarios resultaban espeluznantes; realmente conseguían que se me erizase el vello y mi piel tornase en la rugosidad de la de una gallina. Hablaban de él como si no contemplaran a un animal. Dejando los típicos trucos del resto a los que todos estábamos acostumbrados a la altura de un zapato. Algunos de mis compañeros, pesos pesados por los años que llevaban ejerciendo en el circo, ya habían convivido con anterioridad

con todo tipo de monos, y lo supusieron como un tití de cabeza blanca o alguna otra clase de mono tamarino. Pero una vez que el médico del circo, que atendía por igual y con el mismo instrumental a hombres y/o animales, le efectuó el primer reconocimiento, dejó claro que, aunque con evidentes similitudes de las cuales no disponía de formación suficiente para discutir, no se trataba de la misma clase de primate.

Alfie, como le llamamos, tuvo su año de protagonismo al igual que sucedía con el resto de los cachorros que, a veces nacidos en cautividad u obtenidos por contrabando en lejanas tierras, crecían ajenos a la esclavitud que les aguardaba una vez adquirían la madurez suficiente para ser adiestrados. ¿Quién no iba a encapricharse de la compañía y los correteos de estas pequeñas bolas de pelo? De hecho, cuando las criaturas dejaban atrás el tiempo en el que sucedía su infancia, y pasaban al juicio injusto de Fablet, corrían unas semanas en las que el aire era más pesado y el sonido de la risa de la muchedumbre no solía escucharse en todo el día. Este era siempre un momento de gran tensión, ya que a muchos de los cachorros que él considerase que no eran dignos de la valía de su espectáculo, no se les volvía a ver.

El doctor se mostraba imperturbable en este aspecto, y cualquier animal o persona que no sirviera para generar multitud de monedas, acababa siendo expulsado o utilizado para alimentar a las bestias. Así acabaron sus días Bill El Forzudo cuando la degeneración de sus huesos le impidió levantar cualquier peso por encima de su cabeza o cuando pillaron a un pequeño perro callejero merodeando entre las caravanas al que yo solía agasajar con los restos de mi cena. Lejos de considerarlo como un fatal golpe de suerte, razónenlo como la salida más generosa a la que uno podía aspirar una vez quedaba atrapado en la espiral maléfica del peculiar mundo de Fablet. Mejor lejos que dentro. Mejor en la distancia que en su compañía e, indudablemente, mejor liberado por la muerte que esclavizado por una vida a su servicio. En este aspecto, se podría decir que Alfie fue un completo desgraciado. Una criatura como él, tan brillante y diferente a lo que el mundo había visto, estaba condenada a una

larga vida de servidumbre y castigos físicos. El doctor se fijó en sus atípicas cualidades desde el primer momento. Tomando parte activa en su educación y adiestramiento hasta donde sus conocimientos le permitían hacerlo.

Cuando el mono adquirió tal grado de madurez que, en cierta forma, escapó a su control, pasó a las manos más sabias que he contemplado en el trato de un animal. Si alguna vez han estado familiarizados con el mundo del espectáculo o simplemente han acudido en calidad de espectadores a una función que se ha llevado a cabo en suelo europeo, seguro que este nombre les resultará vagamente familiar, pues, en su momento, cuando recopilé información para que esta historia fuera del todo fiel a la realidad, visité múltiples imprentas que mantuvieron negocios con Fablet. Una de ellas aportó un dato sorprendente para este relato: el nombre de nuestro domador fue, durante diez años consecutivos, el que más veces había sido impreso en cartelería.

Realicé todas aquellas visitas por nostalgia. No hacia este mundo, ni tampoco hacia los nombres que lo componían. Si lo hice fue porque siempre quise que, junto a estas páginas, se adjuntara una colorida imagen de uno de sus carteles en los que pudiera verse un exótico *collage* de animales, Alfie incluido, y de seres de fantasía que hicieron las delicias de los niños. No lo conseguí, y me temo que mis dotes no están a la altura de poder reproducir semejantes obras de arte. Como si de una maldición se tratara, hoy en día ha desaparecido de Francia casi la totalidad de información que tuvo que ver con este mundo. Negocios incendiados en los que sucumbieron a las llamas todos sus archivos; Ayuntamientos saqueados, inundaciones… La lista es larga y solo acarrea penurias en mi mente. Por ello les ruego que realicen un esfuerzo y hagan uso de su memoria. Seguro que en algún momento de sus vidas leyeron, en alguna parte, el nombre de esta excepcional persona: Maximilien Philippe, al que muy pocos, incluido yo, permitía que le llamáramos Max. El domador era un hombre de una altura considerable. De hecho, si no se hubiera dedicado al cuidado y adiestramiento de las bestias, podría haber resuelto su vida como gigante del circo.

Contaba con un físico imponente: espaldas anchas, brazos bien contorneados, ojos azules fríos como una noche de invierno sin brasas, y escasa barba. Quizá este pequeño matiz era lo único que no cuadraba demasiado con su aspecto de un rudo hombre de los bosques europeos. Sin embargo, durante los espectáculos, suplía esta falta de vello con un bigote postizo con acabado en punta que situaba sobre su labio superior, el cual atusaba repetidamente con las yemas de los dedos. Esta parafernalia le confería un aura aristocrática así como un toque de humor que arrancaba con facilidad aplausos y risas.

Me gustaba verle trabajar durante sus ensayos. Por aquel entonces yo todavía era el pobre mozo de cuadra en el que nadie se fijaba salvo que necesitase algo. Pasaba más tiempo limpiando que durmiendo en mis aposentos. Lo único bueno era que podía administrarme el tiempo, siempre y cuando las estructuras relucieran como recién compradas. Cuando me tocaba jornada en la carpa de entrenamientos, solía entretenerme con la escoba más de lo necesario, observándole a hurtadillas cuando se enfrascaba en largas sesiones en las que lo único que hacía era sentarse en una silla a contemplar al animal que iba a domar. Maximilien se sacaba la camisa de algodón por los hombros y, con el ancho pecho al descubierto, iniciaba un extraño ritual en silencio que nadie se atrevía a interrumpir. Mi amigo Max fue conocido por su fuerte temperamento y, cuando se veía enturbiado por una situación, no dudaba en usar contra las personas los mismos métodos físicos que usaba con los animales. Por lo que raro era, incluso, que Fablet osara en molestarle durante sus sesiones.

Max decía que cualquier adiestramiento comenzaba de la misma forma: conociéndose mutuamente.

«Da igual de qué tipo de bestia estemos hablando: animal o humano, todas tienen un punto flaco. Mi labor es averiguarlo cuanto antes; especialmente antes de que ellos averigüen el mío».

Durante el tiempo que durase la evaluación, no debía perder de vista su mirada. Su intención era que algo de su alma llegase a calar en la esencia del animal. Decía que parte de él salía a través de sus

ojos, y que se encontraba a mitad de camino con la parte del ser que hubiera salido del mismo. Si las cosas iban bien, y ambos espíritus se reconocían, entonces estaba en disposición de domarlo. Puede que más de uno de ustedes estén considerando esto una paparrucha, pero no puedo hablar si no de lo que vi con mis propios ojos, y de lo que durante muchos años fue la clave del mejor espectáculo que llegó a tener el circo.

La sentada, como conocíamos coloquialmente a su peculiar forma de tomar un primer contacto, solía extenderse durante horas, dependiendo de la cabezonería de cada individuo, pero una vez efectuada acorde al modo en que él lo designaba, el proceso de doma solía rodar con relativa facilidad. Multitud de señores ilustres, dueños de fincas de cría de caballos de carreras, prometieron a Fablet grandes sumas de dinero para que Max ofreciera sus servicios en el exterior, pero el doctor siempre se negó a ello por el miedo que le causaba la posibilidad de perder a este hombre de gran talento.

Al cumplir Alfie el año de estancia en el circo, y tras una conversación que se extendió por semanas en las que las voces de Fablet se acompasaban con fuertes golpes sobre la mesa por parte del domador, Max comenzó con el entrenamiento del mono. Desconozco cuales fueron sus motivos para desechar su educación, si es que ese fue el tema de conversación que trataron durante el tiempo que se extendió la discusión. El domador terminó demasiado pronto sus días junto a nosotros, como comprobarán en las próximas líneas. Pero fuesen cuales fuesen, puedo asegurar que no le faltaba razón.

# Capítulo V

Aquel día llovió más que ningún otro que recuerde. Cayó tanta agua que las carpas de entrenamiento, siempre con las costuras impolutas y bien soldadas, cedieron y se abrieron por numerosos puntos. En consecuencia, dada la naturaleza de mis tareas, me vi obligado a colocar y vaciar numerosos cubos en los que recogía las goteras que caían del techo, además de trasladar animales de un lugar a otro dado el peligro de inundación de sus celdas. Ahora que estoy reflexionando sobre ello, puede que la vida, más sabia que yo en todas las ocasiones que así me lo ha tenido que demostrar, ya me estuviera advirtiendo de que intentase alejarme de ese ser por todos los medios. No escuché su consejo, por supuesto. Y aunque hubiese preferido no estar tan atareado con el mantenimiento durante la jornada de aquel lluvioso día, procuré prestar la mayor atención posible al proceso. Sin embargo, a pesar del esfuerzo que he hecho siempre por comprender, no he llegado a entender del todo lo que verdaderamente sucedió.

Recuerdo que llegué presuroso con dos voluminosas cubas de madera para situar una de ellas sobre un charco y, la otra, unos metros más allá para impedir que se formase otro. Alfie ya estaba posicionado en su sitio, bajo la carpa en el centro exacto de la pista. Se le veía tranquilo y, aparentemente receptivo, porque por todos era sabido que cuando el animal se anticipaba difícil de domar, Max solía templar su carácter administrándole una dosis de sedantes. Lo curioso, es que hasta la fecha nunca había oído que hubiera tenido que hacerlo con un mono; no así como con jaguares, panteras y

leones; felinos que, dada su agilidad y rapidez de movimientos, no ofrecían oportunidad de salvación en el caso de que se diera un problema. Puede que incluso el proceso de mira hubiera empezado mucho antes de que yo llegase, y que lo que observé no fuesen más que los estertores finales de un hombre agotado sobre la lona del cuadrilátero. No lo sé porque como ya adelanté hace unas pocas líneas, los acontecimientos sobre Max se precipitaron a una velocidad totalmente injusta para la talla de un hombre de su vida. En cualquier caso, a los cinco minutos de observar cómo el domador sostenía los tristones ojos negros del primate, Max se dio la vuelta con lágrimas en los ojos, y, con la cabeza gacha, confesó sentirse incapaz de poder dominarlo.

Cuando Fablet se enteró de la noticia, sufrió un fuerte ataque de ira que le provocó los primeros síntomas de una incipiente úlcera de estómago. Ya que, hasta entonces, nunca le había sucedido nada parecido. Max había sido capaz de domar a animales con los que ningún otro se hubiera atrevido a meterse en una jaula. Como una vez cuando se las vio con un hipopótamo macho al que domesticó de tal modo que lo dejó obediente como un cachorrito; el animal le perseguía por todas partes e, incluso, las lenguas más arriesgadas de las mujeres que le procesaban devoción decían que desde sus caravanas oían lloriquear al animal hasta que el domador se personaba a brindarle caricias. Yo no puedo corroborar este dato porque llegué a esta empresa cuando el hombre ya contaba con más de media vida de experiencia en ella. Lo que sí que puedo asegurar, es que toda apreciación mía en relación con él hondaba siempre en lo extraordinario.

El enfado de Fablet ante esta inusitada situación fue considerable y, tras los numerosos intentos por su parte de hacerle entrar en razón, temió porque su flamante domador perdiese su reputación a manos de un simple primate. Al menos esa era la excusa que utilizaba cuando, en sus paseos, en su tiempo de descanso y para comer, el doctor perseguía a Max allá donde fuera él. Aunque el verdadero motivo; el único más bien que hacía latir el corazón de este despreciable hombre, como ya imaginarán, era el

dinero. Dicen que en uno de sus cuadernos apuntó cada una de las posibles combinaciones de espectáculo en las que Maximilien dejara de ser la estrella central y que no encontró solución al cálculo impositivo en el que resultaría su ausencia. Por ello no aceptó un no por respuesta, llegando a amenazar a Maximilien con asfixiarlo con la almohada mientras durmiese si no volvía a la jaula y lo intentaba hasta hallar la solución al conflicto interior que desató en él el primate.

Max no tuvo que volver a probar suerte con Alfie, ya que horas antes de que diera comienzo la primera sesión de la nueva tanda de adiestramientos, el pobre desdichado fue devorado por dos tigres que llevaban años bajo la disciplina de su látigo. Nadie pudo hacer nada para detener la fiebre demente que invadió a aquellas bestias, a pesar de que utilizamos mangueras, varas de madera, trompetas que proferían poderosos sonidos y un sinfín de métodos que han caído en las lagunas de mi memoria.

Transcurrido el tiempo, el largo tiempo que me ha traído hasta aquí, sospecho que aquella primera vez con el mono le arrancó algo de su interior que no fue capaz de concebir de nuevo. Los tigres lo detectaron porque fueron ellos los primeros que se enfrentaron a él, pero podría haber sido otro animal y haber sufrido una muerte incluso más terrible de la que padeció.

Su fin, además de una tragedia personal, supuso el inicio de una nueva era. Nadie volvió a osar contradecir las órdenes de Fablet por los episodios tan violentos que se vivieron entre ellos, y porque, entre los murmullos de la muchedumbre, se escuchó que Fablet embrujó a los tigres con la ayuda de la adivina de la compañía; una anciana triste y solitaria cuya vida era un misterio para todos, y que amaneció en el suelo con el cráneo reventado por un disparo días después de la muerte del domador. Ni siquiera El gigante Peterson ni el nuevo forzudo, un finlandés de dos metros sacado de una representación vikinga itinerante, tuvieron las agallas suficientes para contradecir una sola vez al insolente Fablet. Por lo que con Maximilien muerto, la nueva cara del doctor no se demoró en salir a la luz; recrudeciéndose hasta el punto en que adquirió una facilidad

especial para el uso de su pistola. Comenzó a utilizarla para todo. Para espantar las palomas que se agolpaban en la carpa y que causaban desperfectos en la misma, para pedir silencio durante el tiempo de las comidas, para echar a tiros a cualquiera que osase molestarle cuando a él no le convenía.

Muchas fueron las noches en las que, estando plácidamente dormido en la cama, me levantaba sobresaltado por el sonido de su pistola y potente olor a pólvora en el aire que se agarraba a la garganta durante días. Nadie preguntaba por lo acontecido a la mañana siguiente. Porque no hacía falta preguntar. Todos nos conocíamos y no éramos suficientes como para no darse cuenta de quién faltaba esporádicamente. Sospecho que durante los años que trabajé para él, Fablet gastó tantas balas por sí mismo como un pequeño ejército en seis meses de batalla. El primero que pagó las consecuencias de su súbito mal humor, fue el nuevo domador que llegó en búsqueda de mejores condiciones que las de su actual empleo. Un mono nunca habría supuesto una prueba de fuego para escoger domador si Maximilien no hubiera rehusado poder domesticarlo. Por lo que el pequeño Alfie se convirtió, sin pretenderlo, en condición indispensable a superar para cualquier aspirante a domador del circo. Ese pobre hombre que llegó a hurtadillas fuera de su jornada laboral salió desquiciado tras soportar cinco minutos de intentos frente al extraño mono. Se le vio entrar a la oficina del doctor, pero nunca se le vio salir de la misma. Al siguiente no le fue mejor ni al siguiente, por lo que un ansioso Fablet, harto de la expectación que en todos nosotros levantó Alfie, decidió enfrentarlo él mismo. Desconozco si jugó con nuestro juicio al situarse de espaldas a todos los que contemplábamos con gran interés la escena o si durante los diez minutos que pasó con él en el interior de la jaula, no hizo otra cosa que mantener los ojos cerrados. Pero cuando salió de allí, me reunió inmediatamente en su despacho.

# Capítulo VI

—¡Pasa, pasa! —me dijo eufórico. Tenía el ánimo exaltado, cosa poco habitual en Fablet, que se caracterizaba por su talante severo y por ser portador de un rictus serio y escrupuloso. Creo que nunca había estado en aquella estancia en la que el sonido de un reloj de cuco marcaba el paso de un tiempo que se me antojó inusualmente lento. Mi mirada se paseó con curiosidad por los diversos muebles y estanterías de madera maciza que soportaban el peso de una amplia colección de objetos exóticos: miniaturas de barcos de vela insertos en botellas de vidrio, una gran brújula que pendía de la pared y que apuntaba, extrañamente, hacia el oeste; un astrolabio cubierto de costra verde rescatado de las profundidades de un naufragio, un farolillo rojo en cuya superficie se cruzaban gran cantidad de caracteres chinos, cuyo significado solo el doctor conocía. Multitud de fragmentos polvorientos de mundos lejanos y desconocidos, arenas de playas enfrascadas en botes de comida, aguas de cascadas debidamente etiquetadas, así como un gran número de cabezas de animales disecadas sobresaliendo de la pared. Como si se tratara de la sala de trofeos de un cazador africano.

—Tristán, querido, ¿cuántos años llevas aquí? —se sentó tras la mesa de su despacho; fabricada en una sola pieza con madera de color marfil.

—Usted sabe que demasiados, doctor —dije al tomar asiento del otro lado. Sacó una petaca del interior de su chaqueta y bebió un trago. Era un *Armagnac* añejo, cuyo aroma llegó hasta mi nariz. Me dejó un regusto dulce y caro. Muy caro. No creo que nunca haya

entrado tanto dinero por mi nariz de una forma tan vaporosa.

—Claro, sí. En cualquier caso, llevas lo suficiente para entender la complejidad de este negocio.

Permanecí petrificado. El doctor nunca se había dirigido a mí de aquella forma, en la que su rostro denotaba la expresión de angustia del que desea con fervor algo de su interlocutor. Se interesó por mis aposentos, por si los compañeros del circo eran amables conmigo. Me hizo saber que podía recurrir a él cuando lo necesitase, que el hueco de la silla siempre estaría libre para que pudiéramos intercambiar nuestras opiniones y pensamientos. Todas sus mentiras volaron de mi cabeza en seguida y, con los años, apenas conservo estas pocas que he escrito que bien podrían pertenecer a alguna estratagema de mi imaginario.

He de decir que su intento de acercamiento me resultó una argucia astuta a la par que inesperada. Hasta ese día Fablet solo se había dirigido a mí para amonestarme por lo sucias que estaban las jaulas de los leones, el pútrido olor que manaba de la piscina de las focas o de las toneladas de heces que acumulaba el recinto de los elefantes. Sin duda sus ojos brillaban llenos de inteligencia. Como un niño que ha encontrado la solución para el peor de sus problemas.

—Te he observado, Tristán. No te he quitado ojo de encima durante estos años, aunque no lo creas. Las cosas que suceden en el circo no ocurren porque sí. Siempre hay un motivo para lo acontecido. Hablo de un nivel cósmico, de una entidad con voluntad propia que rige el presente a fin de construir el futuro y deleitarse en los recuerdos de su pasado —dijo a la par que mi semblante transmutaba en algo que no había sido hasta entonces—. Es nuestro deber investigar sus motivos y reforzarlos con nuestras acciones —se permitió un minuto de silencio, mientras todos aquellos raros objetos de la habitación comenzaban a cobrar para mí sentido en el puzle que representaba la mente de Fablet. El desdichado era un fanático de algo que no podía juzgar porque, por aquel entonces, aún inexperto en las capas más profundas de la vida, carecía de la mente crítica adecuada para afirmar que, durante años había

destinado mi vida a la empresa de un fuerte perturbado.

—Maximilien y tú… —continuó.

—Era como un padre —respondí aún con el dolor de la pena descomponiendo mi alma.

—Lo sé —expresó con desdicha, alicaído por su pérdida; ejerciendo una interpretación digna del mayor de los reconocimientos. Incluso sacó un pañuelo de su bolsillo y lo pasó por la comisura de sus ojos secos cual arena de un ardiente desierto —. Él sí que llevaba aquí toda la vida. Fue el primer empleado que se sumó a la construcción de esta hazaña cuando nadie la creía posible. El que dotó de alma y vida al espectáculo. Alguien insustituible que el cruel destino nos obliga a sustituir. Sé que él era un padre para ti como tú eras un hijo para él. Por eso creo que ha llegado el momento de que heredes lo que por derecho te pertenece. Lo que te pido se basa en mis largos tiempos de observación. Tengo pájaros, Tristán. Pequeños pájaros que observan por todas partes y, cuando estos no están en condiciones de trabajar, recurro a los agujeros.

No me hizo falta preguntar ya que un febril ánimo alentaba cada segundo de su discurso.

—Hay agujeros por todas partes. Pequeños recodos bien situados, en maderas, tras las sábanas que cuelgan, entre y en las puertas, en las paredes, a través de las ropas… Agujeros por los que cabe con facilidad la mira de un ojo y poseen el ancho suficiente para captar el sonido. Lo sé todo, Tristán. Tenlo por seguro. Por ello afirmo, rotundamente, que no hay otro que pueda desempeñar mejor que tú el puesto. Eres el verdadero heredero de la labor que emprendió el gran Maximilien. Sé que comenzaste mal con nosotros. Pero de eso ya hace tantos años que ni siquiera me acuerdo del motivo por el que te condené a recoger los excrementos. Hoy en día —zanjó resolutivo—, me siento muy orgulloso de tu evolución.

Aquella revelación me dejó clavado en el asiento, presa de un infantil temor injustificado. Nunca hasta el momento se me había presentado semejante oportunidad. Ni en mis sueños de noche ni en los anhelos que sufría despierto se me habría ocurrido pretender el

puesto. Cierto es que podía entender la perspectiva que tomaba Fablet. Por un momento mi mente se trasladó a la suya y me vi ejerciendo el que durante años había sido mi trabajo. Mis quehaceres diarios me llevaban a pasearme entre las jaulas de los animales desde la mañana a la noche. A curarles las heridas que, por la peligrosidad de los números, se hacían durante las actuaciones; a cambiar sus aguas, renovar los piensos y repartir la carroña entre ellos. Los animales confiaban en mí más de lo que lo habían llegado a hacer en Max. Al fin y al cabo él era el látigo y yo el bálsamo que sanaba sus heridas. No entiendo cómo no tuve la intuición suficiente para ver venir su intrépida idea desde mucho antes de que me llamara a su despacho. De haberlo sabido, habría huido despavorido, aunque ello hubiera significado no poder volver a pisar suelo francés o a regocijarme en una noche helada con una botella de buen vino. Una cosa era alimentar a los tigres cuando estos estaban echados sobre la paja que les extendía en el suelo, y otra era meter la cabeza en sus fauces frente a un griterío de trescientas personas.

—¿A qué se refiere, señor Fablet? —pregunté haciéndome el sorprendido. Aunque reconozco que mi patrón se dio cuenta de que intentaba hacerme el despistado. He tenido pocos puntos fuertes en la vida y uno de ellos nunca fue el de actuar a la contra de lo que demandaban mis impresiones.

—Vamos, chico. ¡Te has tirado toda la vida viendo cómo se hace! —dijo con gran entusiasmo. Inclinó su cuerpo hacia delante y dejó su boca entreabierta antes de continuar. De su interior se escapó el aroma del Armagnac de su petaca, solo que esta vez se había convertido en algo repulsivo—. Observando cómo restallaba el látigo contra sus pieles —continuó—. Solo tienes que poner en práctica lo aprendido. Además —señaló como una ventaja—, los animales te conocen. Confían en ti más que en ninguna otra persona de este sitio.

—Eso es cierto —me equivoqué al admitir, pero no me arrepentí de decirlo. ¿Qué iba hacer? Tiritaba de miedo frente aquel hombre al que había visto usar sin impunidad un arma y utilizar el cadáver para alimentar a sus animales.

—Pero está ese asunto tan feo —comentó desinflándose. Como si de pronto toda su dicha se hubiera escapado por la estrecha boca de un globo—. Tendrías que solucionarlo para que el puesto fuera tuyo.

—¿Feo asunto? —pregunté alterando el orden de las palabras.

Mi estado de nervios crecía al mismo tiempo que una horrible sensación opresiva en el estómago. Comencé a sudar, a exhalar pequeñas gotas frías y cristalinas por la frente. Fablet se percató en seguida y, como buen estratega famoso por su afición a largas y sesudas partidas de ajedrez, aprovechó mi evidente debilidad para asestarme un golpe maestro.

—Ese mono —comenzó en tono confidente—. El rumor de que es un animal indomable se ha extendido. A diario recibo decenas de misivas de gente que cree poder someterlo, y otras tantas de adinerados que pagarían lo que fuera por poseerlo en sus casas. ¿Es que no entiendes lo que significa?

—Liberémosle —pedí. La palabra salió por mi boca sin siquiera ser consciente de que la pronunciaba. Supongo que se debió a la empatía que me despertaba ese ser, tan diferente al resto y tan igual a mí en multitud de aspectos.

—¿Estás loco? ¡No sabes lo que son los negocios! La noticia corre como la pólvora entre las compañías circenses de toda Francia. Primero se abrió paso como una debilidad, pues por todos era sabido que Maximilien ya tenía demasiados años. Pero lo que empezó como una mofa, ahora se ha convertido en una rebosante bolsa de oro que no debemos dejar marchar. La gente cree, piensa, y nosotros debemos seguir fomentando que el mono es indomable. Es nuestra obligación hacerles creer que cuenta con un alma inmortal, indómita como la de esos salvajes del otro continente que ponen en jaque a nuestros compatriotas. ¡Un alma como la de un hombre! ¿De verdad sigues sin verlo? —levantó la voz—. ¡Haz un esfuerzo! Piensa en las consecuencias económicas de poseer un animal así en nuestro espectáculo.

«Inmortal. Un alma inmortal», repitió un susurro en mi interior con una voz desconocida que, si bien escuché en aquel despacho por

primera vez, no ha dejado de trastornarme durante toda mi vida.

—¿Qué quiere que haga? —habló por mí mi insensatez.

—Dómalo. Consigue dominarlo y enséñale uno de esos estúpidos trucos. Haz que regale un plátano a una persona que escoja de entre el público. Ya lo estoy viendo. «El hombrecillo de la selva trabaja para el doctor Fablet» —rezó un eslogan publicitario—. ¡Haremos carteles con los mejores acrílicos! ¡Inmortalizaremos a los trapecistas en el aire junto a la bella imagen de la nueva escapista!

—Alice —salió de mis labios. Lo hizo como un suspiro en el que exhalé el aire que acababa de inhalar sin siquiera darle tiempo de llegar a mis pulmones. Debió sonar como una falta de aliento, similar a como suena un deseo contenido que ha encontrado el modo de hacerse realidad. Alice era una belleza americana; de ojos azules, pelo castaño y unas piernas que rivalizaban en longitud con el infinito. Casi nadie sabía nada de su pasado salvo yo, que, ya por aquel entonces, tuve la suerte de disfrutar de un par de conversaciones con ella alrededor de un fuego en una lata y una botella de vino. A ella no le gustaban mis tintos y a mí no me gustaba su acento, pero todo lo demás siempre fue perfecto. La deseé desde el primer momento en que la vi. Era tan distinta a cualquier joven francesa como Alfie lo era del resto de los de su especie. En ella se veía ese algo que solo un enamorado sabe descubrir, sin necesidad de enamorarse de ella. Por el contrario, no tardé en hacerlo. Solo un necio o un hombre al que no le interesasen las mujeres podría haber compartido junto a ella sus días y no caer rendido a sus pies.

Fablet se detuvo de pronto, sopesando las posibilidades de la nueva información que sin querer le había regalado. Solo había sido un nombre junto a un vulgar suspiro, pero en cuestión de amor, la vida me enseñó tarde que hay más mensaje en un solo gesto que en toda una tarde de conversación.

—Esa muchacha… tiene magia, ¿verdad? No solo lo digo por la espectacularidad de sus números. ¡Una mujer maga! ¡Qué incongruencia! Y sin embargo, ya lo ves. El público la desea. Sobre todo el masculino —sonrió mostrando su dentadura blanca y

aquellos dientes me dieron una mordida en el corazón.

—No lo es —me atreví a defender el asunto de su incongruencia.

—Exacto. Pero eso no debe saberlo el público —malinterpretó mis palabras—. Lo mismo ocurre con nuestro pequeño amigo de la selva. Debemos dibujar que tiene un alma inmortal aunque no la tenga. Debemos hacerles creer que en verdad se trata de un hombre deforme traído de la profundidad amazónica y el público nos lo agradecerá con cientos de monedas. ¡Dios mío, Tristan! ¿Y si pudiéramos colarles que hemos dado con el añorado eslabón perdido? Si lo hacemos bien, quizá podamos venderlo a la comunidad científica cuando hayan transcurrido los años y le saquemos hasta el último billete oculto bajo esa capa de pelo.

«Alma inmortal», enunció la voz chillona por segunda vez. Al tiempo que un pensamiento informe cruzó por mi mente, una imagen intrusiva a la que no supe poner nombre, pero de la que tuve claro que se trataba de un ídolo dorado, bellamente trabajado en este metal y de origen indiscutiblemente amazónico. Una pieza que nunca había visto y que, sin embargo, estaba seguro de conocer. Como si siempre hubiera estado guardada en algún sitio, hasta ese momento, inaccesible en mi memoria. Alrededor del ídolo, a través de nubes oscuras y vaporosas, intuía un lugar en el que estaba sucediendo algo. Una escena de culto, quizá, en un remoto templo de la selva por el que no habían pasado los eones, cuyas piedras parecían recién talladas y relucían blancas entre cuajarones de naturaleza. Percibí la escena a tal nivel de detalle, que no cupo en mí la posibilidad de que no fuera cierto, de que algún pedazo de mi ser, de algún modo que nunca he llegado a comprender, no hubiera estado allí alguna vez. En aquel momento aún no había leído las páginas del Diario del Explorador, por lo que aquellas alucinaciones conscientes no pudieron ser consecuencia de una impregnación de las páginas del libro. Un sudor frío se resbaló entre mis omoplatos recorriendo mi espina dorsal como una mortífera serpiente.

—Además —reforzó su estrategia—, si consigues doblegar al mono antes de tres meses, te permitiré dormir bajo el mismo techo

de Alice. Sabes que su estancia es grande —comenzó en tono confidente—. Y que cuenta con una cama vacía la cual podría posponer su ocupación. Anteayer entrevisté a una posible trapecista. Le prometí esa cama, no te lo voy a negar, Tristan —comentó como si le preocupase—. Pero podría enviarla a otro barracón, junto a los enanos. Son buenas personas esos pequeños diablillos. En cuanto a lo tuyo, lo de que compartáis cuarto, podemos arreglarlo para que parezca un accidente, derribando el tejado o prendiendo un fuego controlado en el que, en cualquiera de ambos casos, te quedes sin un sitio para dormir. Ella no sospechará nada y tú tendrás ocasión de ganarte su afecto.

—¿De verdad? —pregunté incrédulo.

Confieso que en aquella época tan temprana de mi vida, mi virilidad me impedía valorar con claridad. Hoy, al escribir estas páginas, y rescatar de mi memoria esta escena, siento asco de la conversación que mantuvimos y de las ensoñaciones que experimenté durante la misma. Siento un enorme desprecio hacia Fablet por haberme propuesto semejante humillación y hacia mí por aceptarla y llevarla a cabo. Pero era tan débil… ¡Ah! ¡Dios mío…! Si hubiera actuado con integridad y moral no habrían perecido tantos, culpables e inocentes. Me doy cuenta de que quizá esto no sea más que los desvaríos de un viejo arrepentido. De nada sirve pensar en ello porque lo cierto es que me fue imposible hacerlo. El simple hecho de escuchar el nombre de Alice me hizo imaginar el sabor de una feminidad que no había catado nunca, y aceptar como un bellaco el camino fácil a su alcoba.

Cuando entré en su despacho no era más que el recoge excrementos de la compañía circense, pero al salir de allí resultó que lo hacía como el nuevo domador y compañero de noche de Alice, le gustara a ella o no.

# Capítulo VII

A los pocos días comencé el entrenamiento con Alfie. Evitaba mirarle a los ojos salvo las veces que le dispensaba alimento, y no usar el látigo a no ser que fuera estrictamente necesario. Solo tuve que azotarle una vez, y fue porque al escuchar el estruendoso cañonazo del hombre bala se asustó y me mordió en la mano. Su mordida me causó un cuadro de raras fiebres que me mantuvo en cama sudando durante semanas.

Tenía mucho carácter, como le es natural a este tipo de animales, sin embargo, al contrario que con el resto de las bestias, la clave no estaba en aplicarle estrictos castigos con mano férrea. Me bastaron unas pocas veces para cerciorarme de que el animal entendía a la perfección cada orden que le daba. Algunas de ellas las ejecutaba porque le placía, y otras no había manera de llevarlas a cabo. Era terco como una mula aunque con estrategia y mano izquierda llegamos a aceptarnos mutuamente. Creo que él comprendió mi situación de la misma forma que yo entendí la suya y ello nos llevó a la resignación, a comprender que lo mejor para nosotros era cooperar activamente. De todos los animales con los que traté, él era el más consentido. Al que agasajaba con caricias que querían demostrarle mi entendimiento, mi falta de valentía y mi completa impotencia hacia su situación. Alfie no estaba hecho para ser domado, ni para ser expuesto en sociedad civilizada, al igual que muchos de los hombres que estábamos allí. Si lo hacíamos era porque no cabía la posibilidad de hacer lo contrario.

Los primeros dos años que pasé como domador los recuerdo

como los más felices de mi vida. Sí. Han leído bien. A pesar de mi total descontrol hacia la situación, y de mi falta de valentía hacia la profesión, no acabé tan mal parado. Al menos durante esos dos años…

Alice, aunque seis años mayor que yo, me aceptó de buen gusto en sus aposentos, y no tardó más que unos meses en invitarme al lujurioso refugio de sus sábanas. Ella era más de lo que había soñado experimentar nunca. Para un joven como yo, totalmente inexperto en las sensaciones que despertaban los recónditos recodos de un cuerpo, el placer que me proporcionó obnubiló mi juicio hasta el punto de que dejé pasar por delante de mí, sin percatarme de ellos, cada uno de los signos que anunciaban mi perdición. Desconozco las artimañas con las que Fablet llegó a convencerla, ya que al final no hizo falta ni incendio ni demolición para el lugar en el que dormía. Un día sin más, se me anunció que recogiera mis cosas de mi vieja habitación y me trasladara junto a ella a su alcoba. Fue ella misma la que me dio la noticia, presa de una gran alegría y excitación que, como imaginarán compartí de inmediato. Dado cómo sucedieron los hechos, y con la experiencia que aporta el paso del tiempo, concluyo que quizá estuviera todo pactado desde mucho antes de que yo pusiera un pie en el despacho de Fablet.

Alfie solo necesitó un año para hacerse mundialmente famoso. Ejecutaba sencillas cuentas con piezas de fruta y memorizaba largas listas de palabras que luego transcribía en una pizarra al ser pronunciadas por mí. El público se marchaba asombrado de su grado de entendimiento, y de la destreza con la que manejaba objetos fabricados por el hombre. Yo mismo le diseñé un artilugio de madera para que pudiera sujetar la tiza con la que anotaba las palabras, ya que, al igual que muchos humanos, Alfie sentía dentera al tocar el yeso.

Me pregunto cuántas sensaciones desagradables vedadas para los animales tuvo que experimentar por la naturaleza que le correspondía y por haber sido apartado de su entorno natural.

A medida que le iba conociendo, más me impactaba la personalidad del primate. Algunas veces escribía términos extraños

que adornaba con dibujos que hoy prefiero no dejar inmortalizados, dada su naturaleza mística y ritual sobre figuras por las que sentía alabanza, las cuales, ¡válgame Dios!, me eran totalmente desconocidas. Trazos abstractos para gente como nosotros que nunca hemos pisado la inmensidad de una jungla. Palabras desconocidas que nadie pudo enseñarle, escritas en nuestro alfabeto, y que, sin embargo, él anotaba en un frenesí creativo del que luego insistía, a golpe de mano y mordiscos, para que le leyera en alto. Cuando su insistencia me llevaba a hacerlo, no me era difícil discernir en él el fervor religioso, no muy distinto del que se puede observar en cualquier iglesia. Sospecho que él encontró en mí la forma de realizar lo que en su medio natural otros hombres llevaban a cabo. Me utilizó como un instrumento comunicador dado que su biología le impedía pronunciar estas palabras en alto. Alfie creía en dioses. Si ya esto resultaba aterrador de por sí, más lo era el hecho de que creía en sus propios dioses. Seres ininteligibles para la mente de un hombre. Algunos de sus dibujos rozaban en lo bestiario. Parecían humanoides, sí. Pero no olvidemos que un mono también tiene dos piernas y brazos. ¡Ah! Dios mío… El terror aún me invade al recordarlo. Un profundo escalofrío recorre mi espalda y me empuja a dejar la pluma sobre la mesa y cesar con todo acto de escritura. Resulta en un adjetivo desconocido del que solo sé que va más allá de lo demoníaco. Si el animal, tal y como apunta la ciencia y la sagrada escritura, se concibió antes que el hombre, ¿qué clase de dioses tienen? Sin duda algo mucho más antiguo y recóndito. Algo más cercano al origen primigenio de todas las cosas. Un ser caótico, de cuando aún el mundo no había sido ordenado por nuestro verdadero Dios.

Terror, terror, terror… Es cuanto sale de mi pluma en este momento. Voy a dejar la escritura por un tiempo e intentaré retomar el texto, en otra disposición y capítulo, como si nunca hubiera escrito esto.

# Capítulo VIII

A veces pienso que el mono actuaba de maestro, que su pretensión no era otra que transmitir una enseñanza y que yo solo era un aprendiz que no supo entender su verdadero significado. Por ello, tras el abrupto corte que realicé la semana pasada en mis memorias, y tras meditarlo durante mucho tiempo, he decidido contar cómo sucedió la primera vez. Creo que mi alma ya está perdida por los actos paganos en los que participé, por ello pienso que ahora ya no tengo nada que temer. Me quemaré en el infierno o deambularé por siempre en la inmensidad de una selva infinita y oscura. Todo dependerá del tipo de dioses que se hayan sentido mancillados con mis actos.

Dormía en la cama de Alice. Era pequeña y dura, pero sus sábanas siempre olían a todos los perfumes que nublan el entendimiento del hombre. En ella pasaba algo más que noches de auténtico enamorado. Alfie se presentó a los pies de esta. Nunca se había escapado de su jaula y, cuando comprobé sus cierres, no encontré ningún candado forzado. ¿Cómo lo hizo? No lo sé. Quizá aprendió de los propios trucos que se ensayaban cada día en el circo. Supongo que es otro de los misterios a los que no podré dar respuesta antes de descansar en mi tumba. Confieso que me asusté mucho al despertar por sus insistentes intentos. Temía que el animal pudiera escaparse en un arrebato, lo cual me conduciría a ser devorado por los tigres, no sin antes haber sido tiroteado por la mano de Fablet. También temí porque Alice pudiera despertarse y verla metida en esta impronta, de la cual no quería hacerla partícipe.

Siempre que me preguntaba por cómo había pasado el día, solía omitir cualquier comentario acerca de Alfie, de lo extraño que me parecía el animal, y de la locura que empezaba a vislumbrar en él.

Me escapé por un lateral de la cama. El animal no me dio tiempo a vestirme, y no lo intenté porque temí que pudiera hacerme daño. Un mordisco suyo, desnudo como estaba, podría haber tenido consecuencias fatales para mi hombría. Salimos a la calle. Pegó un salto y se subió a mi hombro. Rara vez hacía aquello, ya que le gustaba mantener la distancia incluso conmigo, la persona con la que más tiempo compartía. Se agarró a mi pelo y me dirigió dándome fuertes tirones. La noche era oscura. No se vislumbraba estrella alguna y había luna nueva, por lo que apenas podía ver por donde pisaba.

Al poco tiempo, me vi sorprendido por el lugar al que me llevaba. Pensé que quizá quería que le devolviese a su jaula para que pudiera descansar tranquilo, pero no. ¡Cuán equivocado estaba! Me llevó hasta la carpa de entrenamientos. Allí se bajó de mi hombro y me cogió de la mano, conduciéndome hasta la pizarra mediante la que nos comunicábamos. Comenzó a transcribir en un exaltado frenesí, que por momentos rozaba en lo violento, lo que aparentaba ser un dictado, pero ¿de quién o qué demente cosa?, me sigo hoy preguntado. La idea de que el mono sufriera algún tipo de conexión espiritual que le llevó a escribir todas aquellas palabras desconocidas me aterra. Pero la otra opción, la de que todo aquello surgiera de su propia mente, la cual hoy creo que subestimé siempre, me acerca aún más a mi propia condenación.

Al finalizar, el mono estaba tan agitado que tuve que agasajarle con las piezas de fruta que siempre le abrían el apetito. Pero las rechazó y se quedó mirando la pizarra totalmente absorto en las palabras y simbología. Se observaba las manos, como si no reconociera los restos de yeso que manchaban parte de su pelaje. Intenté volver a la cama, olvidar todo aquello y reposar junto al cuerpo que tenía la virtud de hacerme olvidar cualquier pena, pero él no me lo permitió. Probé a borrar aquel galimatías cuyo significado aún no había infectado mi persona, pero tampoco me lo permitió,

tiró de mi pierna una y otra vez hasta que consiguió que leyera en alto lo que había escrito. Confieso que estuvo a punto de convertirse en una tarea imposible y, que si alcancé el final de esta, fue porque él me empujó una y otra vez a hacerlo. Las letras se convirtieron en palabras para las que nuestro sistema fónico no está preparado y, conforme avanzaba la letanía, como si de un poderoso hechizo se tratara, algo cambiaba en mi estructura interior. Un fragmento de mi persona mutaba hacia lo desconocido. Algo que no era propio de mí, pero que subyacía en mi interior era rescatado por aquellas palabras tras millones de años ocultas por el paso de la evolución.

¿Tienen idea de cuántas palabras escribió el mono en aquella pizarra? Quizá lo adivinen si han estado atentos. Si se perdieron este detalle, les ruego que paralicen la lectura; quizá sus mentes aún puedan salvarse antes de vislumbrar la solución a los nudos de esta historia. Para los que aún estén dispuestos a conocer la verdad, les diré que sí; acertaron de lleno en la respuesta a mi pregunta. Alfie transcribió cien palabras exactas en la pizarra más algunos símbolos aparentemente al azar que, tras un tiempo de estudio, descubrí que conectaban unas con otras. La lógica me lleva a pensar que fueron las mismas que se mencionan en el Diario del Explorador. Aquellas que la tribu amazónica cantaba una y otra vez sin cesar durante la noche. Por aquel entonces yo ya tenía el diario. Lo consideraba un texto al que no quería dar demasiada veracidad, pero el devenir de la experiencia me obligó a creer en él con el mismo fervor en el que llegué creer en la sagrada escritura.

Aquella noche, al volver a mi cama y acostarme junto al cuerpo templado de Alice, no encontré apenas descanso ni excitación por la cercanía de su desnudez. Algo se perdió en mí para siempre a este nivel, aunque he intentado ocultarlo durante toda mi vida. He vivido amores que ya no eran amor y amistades vacías en las que no encontraba calor para mi espíritu.

Cuando al fin conseguí alcanzar un punto parecido al de estar dormido, soñé con imágenes vívidas del interior de la jungla, con serpientes ancestrales cubiertas de plumas de un tamaño capaz de rodear cualquier ciudad. Las serpientes se arrastraban entre avenidas

concebidas para hombres gigantescos, ciclópeos, como solo se han descrito en ciertos mitos literarios. Estos ofidios monstruosos molían cualquier roca o estatua que encontraban a su paso, reduciendo a escombro la obra hecha por los extraños gigantes. Durante el sueño temí por esa raza de la que, en la sucesión de escenas, no encontré rastro alguno de su presencia en lo que para mí estaba sucediendo en el presente. Algo me hacía intuir que las serpientes aladas habían sido llamadas por aquellos hombres, quizá para venerarlas, quizá para que batallaran junto a ellos contra sus enemigos. Pero el arma se descontroló y ello significó el final de su raza.

Me desperté sucesivas veces; en ocasiones lo hacía paralizado, en un estado de conciencia que me era difícil de identificar y, tras eternos intentos por moverme que, debido a la extraña percepción que la noche me hacía tener del mundo, quizá no transcurrieran más que en unos pocos segundos, volvía a caer en aquel sopor hipnótico tan alejado de cuanto haya experimentado.

Muchos sueños se sucedieron además del de la ciudad de los gigantes y su apocalipsis reptiliano. Algunos sin aparente significado, y, otros, debido a lo leído en el Diario del Explorador, repletos de una terrorífica sensación de reconocimiento. Me pregunto cuánto habrán influenciado en mí sus oscuras páginas y, si se hubiera dado el caso de que nunca lo hubiera encontrado, ¿igualmente habría llegado hasta este punto? ¿Acaso no se teme aún más a la serpiente cuando ya se reconocen los fatales síntomas de su mordida?

Fue durante uno de esos sueños, padecidos durante incontables años, donde contemplé la escena más cruel y aterradora que he experimentado. Las inmundicias de Fablet me parecen hoy chiquillerías de seres que, como especie, aún permanecen en un estado de pronta infancia en comparación con lo que se representó en mi cabeza ese día. Estoy seguro de que aquello fue fruto de una ancestral y maligna tradición, más antigua que el hombre, más antigua que la Tierra y los animales que habitan en ella, más antigua que los planetas y que los astros que nos visitan en el firmamento

nocturno. Más antigua que el propio Dios. Que me perdone el mismo por esta pagana afirmación. ¿De dónde procede? Me temo que no tengo contestación que darles. Quiébrense ustedes las cabezas ya que han tenido la osadía de llegar hasta aquí y, si alguna vez hallan respuesta, no la compartan con nadie, ni siquiera cuando yo no sea más que un nombre perdido en la inmensidad de la memoria, pues el mundo aún no está preparado para conocer semejante verdad. Lo que vi se resume en la contemplación de un culto antiquísimo y prohibido del que, sin embargo, tuve y mantengo la sensación de que sucedía en ese exacto momento. Sí. Como si yo fuese un elemento invitado a su sucesión por unos elementos que no puedo comprender. Un sacrificio entre especies en el que raras especies de hombres se ofrecían a una clase desconocida de primates y estos descuartizaban a los hombres, y estos a su vez a los primates. La sangre corría por las calles de la ciudad como caudalosos ríos rojos en los que, en vez de peces, flotaban vísceras con las que se alimentaba la gran serpiente entre cánticos humanos y letanías simiescas. El ruido de lejanos tambores parecía marcar el ritmo de lo sucedido bajo un sol primigenio que en nada se parecía a nuestro omnipresente astro.

A la mañana siguiente desperté presa de terribles gritos y un sudor tan copioso como si me hubiera caído en una bañera ardiente. Alice intentó tranquilizarme; muchos fueron los que se acercaron a nuestra alcoba para ver con sus propios ojos la locura en la que incontrolablemente me sumergí. Conseguí recuperar la cordura pasados los cinco días, pero yo ya no era el mismo hombre. De hecho, la experiencia me destruyó tanto, que siempre he albergado dudas de que desde entonces haya seguido siendo humano. Comía, bebía, defecaba, orinaba, escuchaba música y seguía leyendo libros. Pero todo aquello me resultaba en una fatal ajenidad. Como si mi corazón solo pusiera en práctica lo aprendido, sin ser nunca más partícipe de ello.

Nunca más volví a actuar en un espectáculo del circo. Uno de los tigres me clavó las fauces en el muslo al penetrar yo solo en el interior de su jaula como cada día venía haciendo durante años. El

animal me sopesó, intentado discernir si era yo o no al que conocía, pero quedó claro que no y sus colmillos penetraron profundos en mis carnes, haciendo manar el rojo de una sangre tan parecida al relato de mi sueño.

Si hoy mis dedos pueden inmortalizarlo, es porque Alfie se interpuso en su camino. No utilizó violencia ni exaltación alguna de fuerza, que, por otro lado, para un animalillo de su tamaño habría resultado un espectáculo de cierta enjundia cómica. Tan solo le observó, expuesto en mitad de su recinto tras haber escapado de su jaula reforzada con nuevos candados, una vez escuchó mis gritos. El felino se detuvo en seco en cuanto contempló la presencia de este, retirándose a una esquina con la expresión más sumisa que he visto. Vi el miedo manifestarse en sus ojos. El mismo miedo que no ha dejado de atormentarme a mí durante el transcurso de mis días.

# Capítulo IX

El nuevo domador no se mostró tan benevolente como yo en el trato con los animales. Era un hombre de barba larga y tupida, de hombros anchos y brazos desgarbados cuya longitud sobrepasaba la línea de sus rodillas. Un ser bestial, sin apenas empatía ni entendimiento, que basaba sus entrenamientos en el uso de una desmedida fuerza bruta. Contaba con el apoyo incondicional de Fablet, el cual, tras lo sucedido conmigo, temió de nuevo al fantasma de la ruina, conjurado, según él, por la falta de valentía de los últimos domadores que habían llevado las riendas de los espectáculos. El primero en pagar las consecuencias de esta nueva adquisición, no fue otro que al pequeño Alfie, con el cual yo me sentía en una eterna deuda que me veía incapaz de saldar. Desaparecieron las pizarras, las tizas y cualquier objeto con el que se le pudiera atribuir al primate las capacidades intelectuales de un hombre. La política del circo cambió en cuanto sus números, pero no así la esencia de lo que el doctor siempre quiso transmitir. Aquel hombre barbudo, tan privado de entendimiento, siguió sus instrucciones como si de otro animal domesticado se tratase. Los nuevos y humillantes trucos no hubieran podido realizarse de no ser por el descomunal ingenio de nuestro patrón. He de reconocerle aquí su capacidad para reinventar cualquier situación en otra que le fuese más propicia. Sin embargo, conforme pasaron los años y fue cumpliendo edad, las cosas se hicieron más laxas y el esplendor del circo fue menguando. Los espectáculos se dirigieron hacia otro tipo de público que pagaba mucho mejor que un padre junto a sus

pequeños hijos. Estos hombres llegaron por las conversaciones que se mantenían en tabernas y tugurios en los que no pisaba ningún ser que no hubiera sido un marginado. Seres tan acostumbrados a la violencia que su vida transcurría en una constante experimentación de esta. Almas penumbrosas, que no estoy dispuesto a inmortalizar.

Alfie recibió palizas constantes. Cada día, cada noche, yo curaba sus heridas con un dolor insoportable en mi corazón, sintiéndome responsable de las mismas. Fueron tantos los golpes que le propinaron al primate, debido a su gran inteligencia y carácter indómito que siempre se traducía en un desafío absoluto hacia la autoridad que no reconocía, que acabaron por dejarle el rostro deforme y la piel surcada de cicatrices y pálidas calvas.

A veces se le obligaba a luchar en una jaula contra otro animal. Este era uno de los trucos favoritos de su nuevo domador, que lo descubrió de casualidad cuando un gato tuerto portador de rabia se coló en su espacio y Alfie lo asfixió con sus propias manos. Debió de concebirlo sin más en cuanto contempló aquella violenta escena. Sin pensar en las consecuencias que ello podía devenir para el propio primate y para todos los que habíamos mantenido contacto con él. Yo sufría con solo saber que a la tarde siguiente se internaría de nuevo en un *ring* junto a un animal que le superaría en fuerza y fiereza. Pero Alfie era listo y poseía una agilidad y rapidez extrema incluso en comparación a la de sus congéneres parecidos.

A veces el domador le proporcionaba un cuchillo cuando le veía en severos apuros causados, principalmente, por el agotamiento. Podía cursar entre dos y tres combates diarios, convirtiéndose esto en el espectáculo más dantesco y solicitado del circo. Mató perros callejeros, cerdos de granja, jabalíes, un pequeño oso enfermizo, y cualquier bestia con la que le obligasen a luchar frente al griterío descompuesto del público. Después siempre venía el número del plátano. Un juego estúpido, ideado expresamente por Fablet, con el que el domador afianzaba su superioridad sobre el primate. Me consta que Alfie no accedió a hacerlo de un día para otro, ni que su sometimiento fue gratuito en las dos direcciones en las que se trabajó este pernicioso truco. El hombre barbudo de larguísimos

brazos perdió dos dedos arrancados por un mordisco, y a Alfie le cortaron la cola y le molieron todas las costillas del lateral izquierdo. El mono no volvió nunca a ser el mismo después de la saña con la que Fablet y su esbirro se esforzaron en corregir su irrespetuosa conducta. Yo le observaba cada día, cada vez más cerca del colapso, similar a un hombre que ha tocado fondo y que sus vicios le impiden desandar sus pasos. Ideaba estrategias para sacarle de allí en mitad de la noche y huir a algún punto lejano donde la gente no supiera siquiera lo que era un mono. Pero, como él, yo ya no era el mismo. Y, pensándolo bien, ¿adónde podría haber ido con un animal de esas características? Al que amaba tanto por lo compartido juntos durante años, como le temía por los mismos motivos. Si Alfie nunca hubiera aparecido en mi vida, yo habría sido un hombre completo, probablemente feliz, al menos tan feliz como se podía llegar a ser en Francia en aquella época para un hombre nacido en un seno tan humilde.

El truco del plátano representó el inicio de una nueva era para él y para mí y, *a posteriori*, se ha convertido en el mayor misterio que, visto desde mis ojos, hay en este miserable planeta. El domador le entregaba un plátano fresco, amarillo, sabroso y de buen tamaño. Y Alfie, herido o ensangrentado tras las peleas del espectáculo, lo pelaba y lo devolvía a la mano de su amo. No faltaba una palmadita en la espalda del animal por parte del desalmado o un gesto para que se retirase de allí con el pecho pegado al suelo, sin perder nunca de vista la mirada de su dominador. El público solía aplaudir en pie semejante estupidez y, ante los años de tamaña barbarie y dolor, caí en un estado de profunda desgana. Bebía litros de *whisky* o Armagnac a la semana, o de cualquier otro licor o aguardiente que nublara mi juicio, a fin de que apagara las voces que cada día escuchaba y me alejara del tortuoso mundo en el que, entre todos, condenamos al mono.

# Capítulo X

Una noche de abril, en la que las pesadillas amazónicas me despertaron de súbito, descubrí que mi esposa Alice no estaba en nuestra cama. Perplejo, y aún somnoliento, salí a buscarla al exterior. Mi sorpresa fue mayúscula al descubrirla semidesnuda saliendo de la alcoba del doctor Fablet, para entrar como si nada en la del nuevo domador. Ni siquiera el decoro de la calle la incitó a cubrirse los pechos y tapar el resto de sus vergüenzas. Aquella revelación horrenda de la persona que todavía amaba, ejerciendo como una vulgar meretriz de los dos peores seres que había conocido, me llevó a perder el juicio.

Las voces me hablaron con una intensidad hasta entonces nunca percibida, sin necesidad de estar dormido o haber caído, por el alcohol o el cansancio, en estados cercanos al hipnotismo. Escuché lejanos cánticos, los escuché de verdad en mis oídos, a pesar de que me tapé los mismos durante horas cuando anduve abrazado a mis rodillas en el espacio vacío del falso suelo de la carpa. Allí aguanté un día completo, con su día y su noche, mientras la imagen de mi Alice marchitaba hasta el último pedazo de mi ser. En la tarde hubo función. Desconozco a qué tipo de bestia enfrentaron a Alfie esta vez, imagino que algún cuadrúpedo callejero por el sonido que hacían sus movimientos sobre el suelo que cubría mi cabeza. Mi amigo se defendió con bravura, así lo constaté por sus chillidos, pero esta vez resultó gravemente herido, como si hubiera existido algún tipo de conexión entre él y yo, que nos llevó a ambos a rendirnos al unísono. Puede que tan unidos estuviésemos en realidad por el tipo

de ceremonias por las que pasamos juntos.

Antes del amanecer del segundo día, en ese momento en que el sol comienza a dorar el horizonte oscuro, escuché una letanía de rezos olvidados por la mayor parte de hombres, a los que supe que debía corresponder con el fuego del sacrificio. Y así lo hice. Salí de donde estaba y me dirigí a nuestra alcoba. Allí aguardé durante una hora a que mi deshonrosa esposa regresara a nuestra cama antes de que los gallos cantaran el inicio del día. Llegó desvestida, sudada, oliendo a las inmundicias del sexo masculino. Se tumbó a mi lado procurando no tener contacto conmigo para no despertarme y, en cuanto cerró los ojos, la estrangulé con mis propias manos. Los gritos de Alfie, a raíz del asesinato, se hicieron alarmantemente constantes. A continuación me levanté de la cama aún con los rezos abrasando mis oídos.

Salí a la calle para deshacerme del olor viciado de su sexo y, descompuesto de dolor, volqué barriles de combustible sobre la carpa, en la paja de los animales, casetas y barracas, y en cuanto material tuviera capacidad de arder. Saqué a Alfie de su jaula, cargué en una carretilla mis pertenencias; pocas prendas de vestir y unas doce botellas de excelente vino que componían mi particular bodega. Prendí fuego al circo con animales y hombres dentro, empezando por la barraca del doctor Fablet, cuya puerta atranqué para que no pudiera escapar de la consecuencia de sus pecados. Nadie ni nada salió de allí con vida.

Cuando las autoridades quisieron investigar los hechos, yo ya marchaba rumbo a Brasil en un barco mercante. Alfie murió sacrificado por dos tiros en altamar, aquejado de la violenta enfermedad de las ratas. Al llegar a Brasil me quedé a vivir allí durante muchos años. Solo disponía de una pequeña bolsa de monedas y de las páginas chamuscadas del Diario del Explorador, que conseguí salvar, tras acordarme en el último momento, de debajo del colchón de mi cama. Revivo los crímenes cada noche, y sé que a mi corazón le queda poco tiempo para abrasarse en el infierno.

Pero la peor consecuencia de todo esto, aquella que me ha

llevado a inmortalizar en páginas y ríos de tinta esta historia, sucedió tras la primera noche sin luna en la que Alfie ya había muerto. Al amanecer de ese día encontré un suculento plátano a los pies de mi cama. Extrañado por el suceso, y temiendo que alguien del circo hubiera logrado escapar de las llamas y me hubiera dejado la pieza de fruta en señal de reconocimiento, decidí atrancar la puerta con el peso de un armario. Pero el plátano ha seguido apareciendo en mi cama. Lo hace puntualmente al alba. Incluso aquí, de nuevo en Francia, a la que he regresado tras aceptar el poco tiempo que me queda de vida. El plátano aparece a la misma hora que entregué el cadáver de Alfie a las frías aguas del océano. Las voces continúan cantando en un idioma que desconozco y con solo cerrar los ojos vislumbro el maltrecho cuerpo con el que acabó sus días. Sé que es él el que vuelve cada noche para agasajarme con el truco que la infamia humana le enseñó. Fue tal el ansia de obediencia que inculcaron en su alma, que le ha llevado a traspasar cualquier frontera. Ahora pienso que obré mal. Quizá debí devolver su cuerpo al verdor de la selva, en vez de entregarlo a la oscuridad del mar.

FIN



SEBASTIÁN E. LUNA (38 años) es un autor madrileño afincado en la Sierra de Madrid.

Cursó estudios en filosofía y letras. Amante del deporte, la naturaleza, los destinos exóticos, el trabajo personal y las sabidurías orientales. Sus referentes literarios pasan por Poe, H.P Lovecraft, Haruki Murakami, Stephen King, Neruda y Cela entre muchos otros.

Desde muy temprana edad demostró un interés inusual por la lectura y la elaboración de sus propias historias. Ha escrito nueve libros y publicado seis, por el momento, a través de plataformas digitales de autopublicación.

Es un explorador de géneros literarios, según demande la trama de sus historias. Su bibliografía recorre el *thriller*, el terror, la aventura, el relato, la novela corta, el horror ecológico, romántica y poesía estelar (subgénero literario inaugurado en su poemario Stardust).

Todas sus obras poseen un fuerte componente anímico, una querencia hacia la manifestación de una verdad íntima, de trascendencia.